

Domingo III Tiempo Ordinario
(Ciclo B) - 2015

- [Textos Litúrgicos](#)
- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)

- [Exégesis](#)
- [R. Schnackenburg](#)

- [Comentario Teológico](#)
- [P. José A. Marcone, I.V.E.](#)

- [Santos Padres](#)
- [San Juan Crisóstomo](#)

- [Aplicación](#)
- [San Juan Pablo II](#)
- [San Alberto Hurtado](#)
- [P. Alfredo Sáenz, S.J.](#)
- [P. Gustavo Pascual, I.V.E.](#)

- [Ejemplo Predicable](#)

Textos Litúrgicos

Lecturas de la Santa Misa

Domingo III Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 25 de enero de 2015)

LECTURAS

Los ninivitas se convirtieron de su mala conducta

Lectura de la profecía de Jonás

3, 1-5. 10

La palabra del Señor fue dirigida por segunda vez a Jonás, en estos términos: «Parte ahora mismo para Nínive, la gran ciudad, y anúnciale el mensaje que Yo te indicaré».

Jonás partió para Nínive, conforme a la palabra del Señor. Nínive era una ciudad enormemente grande: se necesitaban tres días para recorrerla. Jonás comenzó a internarse en la ciudad y caminó durante todo un día, proclamando: «Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida».

Los ninivitas creyeron en Dios, decretaron un ayuno y se vistieron con ropa de penitencia, desde el más grande hasta el más pequeño.

Al ver todo lo que los ninivitas hacían para convertirse de su mala conducta, Dios se arrepintió de las amenazas que les había hecho y no las cumplió.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

24, 4-5b. 6. 7b-9

R. *Muéstrame, Señor, tus caminos.*

Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.
Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque Tú eres mi Dios y mi salvador. R.

Acuérdate, Señor, de tu compasión y de tu amor,
porque son eternos.

Por tu bondad, Señor,
acuérdate de mí según tu fidelidad. R.

El Señor es bondadoso y recto:
por eso muestra el camino a los extraviados;
El guía a los humildes para que obren rectamente
y enseña su camino a los pobres. R.

La apariencia de este mundo es pasajera

**Lectura de la primera carta del Apóstol san Pablo
a los cristianos de Corinto**

7,29-31

Lo que quiero decir, hermanos, es esto: queda poco tiempo. Mientras tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran nada; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo es pasajera.

Palabra de Dios.

ALELU1A

M c 1, 15

Aleluia.

El Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio.

Aleluia.

EVANGELIO

Conviértanse y crean en la Buena Noticia

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo

Después que Juan Bautista fue arrestado, Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios, diciendo: «El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia».

Mientras iba por la orilla del mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que echaban las redes en el agua, porque eran pescadores. Jesús les dijo: «Síguenme, y Yo los haré pescadores de hombres». Inmediatamente, ellos dejaron sus redes y lo siguieron.

Y avanzando un poco, vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban también en su barca arreglando las redes. En seguida los llamó, y ellos, dejando en la barca a su padre Zebedeo con los jornaleros, lo siguieron.

Palabra del Señor.

[Volver Arriba](#)

Guión para la Santa Misa

III Domingo Tpo Ordinario
Ciclo B-2015

ENTRADA:

La Santa Misa es la renovación del Misterio Pascual de Cristo, es decir, de su muerte y resurrección. Participando dignamente de ella recibimos la fuerza necesaria para peregrinar en esta vida.

LITURGIA DE LA PALABRA

1º Lectura: Jonás 3,1-5.10

Los ninivitas creyeron en la palabra de Jonás y se arrepintieron de su mala conducta.

2º Lectura: I Cor. 7,29-31

San Pablo nos revela la caducidad de las cosas terrenas.

Evangelio: Mc.1,14-20

El Señor invita a la conversión y llama a sus discípulos a seguirlo más de cerca.

Preces:

Hermanos, acudamos con gran confianza al Señor que se inclina hacia nosotros y escucha nuestras súplicas.

A cada intención respondemos cantando...

-Por las necesidades e intenciones del Sto Padre Francisco en favor de la Iglesia, especialmente los referidos a la paz y a los cristianos que padecen persecución. Oremos.

-Por los que sufren el desempleo o la escasez, la soledad y el abandonado, para que encuentren en su camino personas que los ayuden a abrir sus corazones a la esperanza cristiana. Oremos.

-Por la unidad en las familias, y para que los padres sean verdaderos orientadores en la vocación de sus hijos siguiendo la voluntad de Dios. Oremos.

-Por las necesidades de Nuestra Patria, para que las raíces cristianas se afiancen bajo el manto de la Virgen de Luján y tenga el Señor la primacía en todo. Oremos.

Señor, fuente de todo bien, atiende benigne nuestros ruegos y alegra nuestros corazones con la abundancia de tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

OFERTORIO: junto a estos dones presentamos nuestros buenos deseos de agradar siempre al Señor.

Ofrecemos incienso, con nuestras oraciones y sacrificios por toda la Iglesia.

Pan y vino, frutos de la tierra, que serán transustanciados en el mismo Cuerpo del Señor Jesús.

COMUNIÓN:

Que Jesús Eucaristía transforme nuestro corazón para que seamos fieles hijos de Dios Padre en el amor y en el sufrimiento.

SALIDA:

Que María Ssma, nuestra tierna y bondadosa Madre, nos alcance la gracia de buscar con intensidad al Señor en la intimidad del corazón que tanto desea darse a nosotros.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

[Volver Arriba](#)

Exégesis

R. Schnackenburg

El mensaje de salvación de Jesús (Mc 1,14-15).

**14 Después de ser encarcelado Juan se fue Jesús a Galilea donde proclamaba el Evangelio de Dios 15
diciendo: «Se ha cumplido el tiempo; el reino de Dios está cerca; convertíos y creed el Evangelio.»**

(...)

Conversión es mucho más que un «cambio de mente», aunque éste se presuponga. También «penitencia» es poco, si por penitencia se entiende la reparación de la injusticia, Las prácticas de renunciamento y expiación, aun cuando todas esas cosas puedan también exigirse. De acuerdo con la imagen del Antiguo Testamento, «conversión» significa la vuelta atrás en el camino equivocado, o más claramente, el retorno a Dios de quien el hombre se había apartado. Los fallos morales, la maldad contra el prójimo, la injusticia y los vicios alejan de Dios al hombre, lo descarrían respecto de Dios. Entonces el hombre sólo se busca a sí mismo, quiere ser su propio señor colocándose en lugar de Dios. «¿Cómo podéis decir: Nosotros somos sabios...? Confundidos están los sabios, aterrados y presos, porque rechazaron la palabra del Señor, y ¿qué les aprovecha su propia sabiduría?», pregunta Jeremías (8,8s), el máximo profeta de la conversión en la antigua alianza. Hasta Juan Bautista los profetas han exigido siempre la «conversión» concentrándola en cada situación histórica. A menudo se trataba de volverse de la idolatría y de la corrupción moral como condición indispensable. Después exigían la penitencia y expiación por las infidelidades contra Dios; pero lo que les interesaba sobre todo era la renovación del corazón, la vuelta interna a Dios en pureza, humildad y confianza. Quien se convierte tiene que aprender de nuevo a entenderse como criatura de Dios y dejar que Dios disponga de él. Con Jesús esta exigencia de conversión a través del mensaje de salvación, que él anuncia en la hora escatológica, adquiere su aspecto peculiar. Va unida con la exigencia de creer el Evangelio. Quien quiera «convertirse» según el pensamiento de Jesús debe empezar por responder con un sentimiento íntimo de alegría a la oferta de salvación que Dios le hace, debe aceptar el mensaje de Jesús creyendo. En la fe late una conversión vigorosa; de la conversión en la fe brota todo lo demás. La deficiente disposición a convertirse, que Jesús reprocha a las ciudades de Galilea (Mat_11:21 ss), es una fe defectuosa. Marcos no refiere ninguna de esas palabras proféticas de exhortación y amenaza en boca de Jesús; pero también en él los discípulos de Jesús predicán la conversión cuando son enviados por el Maestro (Mar_6:12). La palabra programática del comienzo dice que la conversión es necesaria para poder creer y que la conversión se realiza mediante la fe en el Evangelio de Dios. Una y otra están ligadas mutuamente. En la

conversión de la fe se cumple la vuelta incondicional hacia aquel a quien Jesús anuncia como el Dios de la salvación. Mas como Dios revela y otorga su salvación a través de la acción de Jesús, la fe se muestra también en la confianza en Jesús y en las fuerzas salvadoras que se hacen presentes en él (Mar_2:5; Mar_5:34; Mar_10:52). En Jesús, el creyente abraza el reino de Dios que se abre paso y toma parte en el mismo. La fe es más que un reconocimiento y aceptación de lo que Jesús anuncia y enseña. Es también confianza en el poder salvífico de Dios (Mar_9:23s), expulsión de toda duda y zozobra (Mar_11:23s), pleno convencimiento de la proximidad de Dios en la persona de Jesús (Mar_4:40). De este modo la fe en el Evangelio anunciado por Jesús (Mar_1:15) se transforma después de pascua en la fe en Jesús mismo, quien, como Señor exaltado a la diestra de Dios, posee todo el poder salvífico. Fe es liberación de la propia existencia mediante la entrega de sí mismo a Dios. Fe en el Evangelio es la confianza absoluta de que tal liberación está asegurada en el mensaje y persona de Jesús.

La vocación de los discípulos (Mc 1,16-20).

16 Caminando a lo largo del mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando las redes en el mar, pues eran pescadores, 17 Y Jesús les dijo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres». 18 Ellos, inmediatamente, dejaron las redes y lo siguieron. 19 Pasando un poco más adelante, vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que remendaban las redes en la barca. 20 Los llamó en seguida. Y ellos, dejando en la barca a Zebedeo, su padre, con los jornaleros, se fueron en pos de él.

Jesús no se contenta con el anuncio general del mensaje de salvación; Jesús pasa a la acción y llama a unos discípulos. Conversión y fe tienen que realizarse en el seguimiento de Jesús; ese seguimiento es la respuesta plena a la llamada de Jesús. La vocación de los cuatro primeros discípulos junto al lago de Genesaret no sólo contiene una escena de los comienzos del ministerio de Jesús; tiene también un carácter ejemplar y un significado teológico.

Desde un punto de vista histórico no era el primer encuentro de Jesús con aquellas dos parejas de hermanos, que por su profesión humana eran pescadores. Por el Evangelio de Juan sabemos que Jesús ya los había conocido cuando eran discípulos del Bautista y que los primeros contactos habían tenido efecto en el lugar de Judea en que Juan bautizaba (cf. Jua_1:35-51). Lo que Marcos narra es el llamamiento definitivo a los discípulos en sentido pleno, y la presentación permite conocer todas las notas del proceso decisivo de quien entra en el seguimiento de Jesús. La acción parte de Jesús. Tres elementos esclarecen el suceso: la mirada de Jesús se clava sobre estos hombres y en seguida Jesús los llama a sí (v. 20a). La llamada del enviado de Dios es una llamada de Dios mismo; y es categórica, poderosa, penetrante. Cuando Dios llama no cabe ningún titubeo.

Pero el contenido de la llamada es un requerimiento a ir detrás de Jesús. Literalmente éste es el primer sentido: el Maestro en sus caminos y peregrinaciones va delante de sus discípulos, ellos le siguen, se dejan conducir por él. Este seguimiento (v. 18), que en un sentido externo se dice también de las turbas populares, tiene en el discípulo un sentido espiritual más profundo: el discípulo entra en comunión de vida con el Maestro que desde ahora condiciona su vida e ideal, le da su doctrina e instrucciones, le señala incluso su camino en la tierra y le hace partícipe de sus tareas.

El objetivo del llamamiento al discipulado se expresa simbólicamente con una palabra muy adecuada para aquellos pescadores: Os haré pescadores de hombres. La conexión con el que hasta entonces había sido el medio de vida para aquellos hombres no es casual ni rebuscada, más bien es una imagen gráfica que caracteriza la fuerza gráfica del lenguaje de Jesús. Estos hombres, llamados por Jesús a su seguimiento, deben cambiar la que hasta ahora ha sido su profesión por una superior: de ahora en adelante deben capturar con Jesús a los hombres, ganarlos para Dios y su reino. Se indica ahí el sentido primitivo del discipulado: una más estrecha unión con Jesús para compartir su propia vida y ayudarlo en su predicación (cf. 6,7-13). El discípulo de Jesús debe estar preparado a asumir todas las consecuencias de este seguimiento, hasta llevar la cruz con Jesús y perder la propia vida por el Maestro (8,34s).

En la Iglesia primitiva, cuando ya no era posible una comunión de vida, profesión y destino con Jesús en la tierra, sólo se conservó el sentido espiritual de «imitación de Jesús» y las relaciones del discípulo se extendieron a todos los creyentes. Todos cuantos profesaban la fe en Cristo debían imitar a su Señor, que ahora había sido exaltado en el cielo; sus palabras sobre la tierra conservaban su fuerza obligatoria y su comunidad lo sabía ciertamente aun sin la presencia corporal de Jesús. De este modo la Iglesia primitiva leía las palabras y exhortaciones de Jesús bajo una nueva luz, de una forma que le afectaban a ella y a cada uno de los cristianos. También la reacción de los primeros hombres llamados a ser discípulos adquiere una importancia permanente y

actual.

De nuevo hay aquí tres elementos esenciales: Simón y Andrés abandonan sus redes inmediatamente (v. 18), y después Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se separan de su padre y de los jornaleros para unirse a Jesús. Ante la llamada de Jesús y de Dios se exige una obediencia pronta e incondicional (véase también Luc_9:59-62). Las dos parejas de hermanos abandonan el trabajo que habían practicado hasta entonces, y los hijos de Zebedeo también a su padre y con él a su familia. En su relato, completado con otra tradición («la pesca milagrosa»), Lucas dice que ellos «dejándolo todo, lo siguieron» (Luc_5:11). La llamada a seguir a Jesús exige fundamentalmente la renuncia a los bienes terrenos por causa del reino de Dios (Cf. Luc_14:33; Mar_10:21.29s; Mat_19:12c); aun cuando las circunstancias de la vida y las tareas en que el llamamiento encuentra a cada uno sean distintas.

Mas el aspecto negativo de la renuncia queda eclipsado por el lado positivo: los discípulos deben ir detrás de Jesús, seguirlo. Es una distinción ser admitidos en estrecha comunión con el enviado y ungido de Dios. A pesar de las persecuciones y la muerte, su camino promete a todos sus seguidores la plenitud de vida y una recompensa cien veces mayor que todas las renunciaciones y privaciones (Mat_8:35s; Mat_10:17.23 ss.29s). Los discípulos en un sentido más estricto, los anunciadores del Evangelio, no sólo comparten la vida pobre del Señor sino también sus poderes y sus alegrías (cf. 6,7-13). De este modo aparece felizmente lo que es la llamada de Dios y el seguimiento.

Los lectores deben ver en esta historia, además del primer éxito de Jesús, la incipiente convocatoria del pueblo de Dios, el primer paso hacia la formación de su comunidad. No es casual que estos discípulos vengan presentados con sus propios nombres; para los lectores no son unos desconocidos sino los adelantados del círculo de discípulos de Jesús. En la sección inmediata volverán a ser nombrados (1,28); son los primeros compañeros de Jesús, los que comparten su temprana y floreciente actividad, de la que más tarde podrán ser testigos. Al propio tiempo representan a los discípulos ulteriores que Jesús va ganando, aun cuando la ampliación del círculo de discípulos simplemente se sugiere más que se describe (2,15; 3,13).

Los discípulos son los hombres de confianza de Jesús. él les enseña acerca de su misión primordial, que es el anuncio del reino de Dios, y los protege contra los ataques judíos (2,18 ss.23-28). Les explica en privado el sentido de las parábolas (4,34). A ellos se les ha confiado el misterio del reino de Dios, son los que le pertenecen a diferencia «los de fuera» (4,11). En ellos, en su vinculación con el Señor, en su proximidad y distancia, en su elección por parte de Dios y en su pequeñez y debilidad humanas, se reconocen a sí mismos los lectores creyentes. En la falta de comprensión de los discípulos (1,36; 4,10.13, etc.) los lectores se hacen conscientes de su insuficiencia, que no impide la donación de Jesús a los suyos (cf. 3,34s). De este modo, la llamada a seguir personalmente a Jesús se convierte en exhortación para sumarse, de una forma consciente, a la comunidad de discípulos del Maestro.

(SCHNACKENBURG, R., El Evangelio según San Marcos, en El Nuevo Testamento y su Mensaje, Editorial Herder, Madrid, 1969)

[Volver Arriba](#)

Comentario Teológico

P. José A. Marcone, I.V.E.

Los primeros discípulos de Jesús

Jesús ya había establecido los primeros contactos con algunos de sus futuros discípulos (cf. Jn.1,35-51). Incluso había formado una incipiente comunidad con la que se hace presente en las bodas de Caná. Con Él en esa boda se encuentran sin duda Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe y Bartolomé. Sin embargo, el llamado definitivo no había sido todavía proferido por Jesús. Esta llamada definitiva la hará precisamente al comienzo de esta segunda etapa de su vida pública y estando ya en Galilea ^[1]. El acontecimiento sucedió en febrero o marzo del 780 U.c. y está narrado en Mc.1,16-20 y Mt.4,12-17 ^[2].

Jesús va caminando por la orilla del Mar de Galilea y ve Simón y Andrés, hermanos entre sí, y a Santiago y a

Juan, hermanos entre sí. Y allí les lanza la llamada para que lo sigan, es decir, para que sean sus discípulos de una manera definitiva y perpetua. Se acabó ya el tiempo de la preparación; llegó el tiempo de la acción. Desde hacía casi un año que ellos habían conocido a Jesús y que habían decidido ser sus discípulos. Pero todavía no estaban concentrados en un 100 % en la actividad de discípulos. Ese primer año fue como un postulantado. Ahora llegó el momento de entrar al Noviciado y al Seminario abandonando la familia y el mundo.

Lo primero que llama la atención al leer los textos evangélicos es que se mencionan los nombres de los que han sido llamados, dado que en el evangelio raramente sucede esto. De esta manera se indica que la llamada no es colectiva sino sólo personal [\[3\]](#).

La frase con que Jesús los llama es 'venid detrás de mí' (en griego: *deûte opíso mou*). Pero en realidad ese *deûte* puede también traducirse como un imperativo: '¡vamos!'. Entonces Jesús les dijo más bien: "¡Vamos! ¡Detrás de mí!". Es una voz de orden, de mando. Nos hace acordar a la Contemplación del Rey Temporal de San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. Allí a Jesús se lo presenta como un general que pasa llamando al combate contra los enemigos de la civilización cristiana.

Esto se entiende mejor si tenemos en cuenta que Jesús y estos discípulos, como dijimos, ya se conocían bastante bien y desde hacía un año. Incluso, habían hecho ya alguna experiencia de convivencia juntos. En efecto, se habían encontrado junto al Jordán ("Señor, ¿dónde vives? Venid y veréis", cf. Jn 1,38.39), Jesús ya había anunciado que Simón se llamaría 'Piedra', habían viajado juntos desde Judea a Galilea, habían estado juntos en las Bodas de Caná y ellos ya habían visto la gloria de Jesús y habían creído en él (Jn 2,1-11). Pero todavía no había empezado la vida comunitaria propiamente dicha. Habían sido discípulos 'part time'; ahora lo serían 'full time'. Es en este momento cuando Jesús decide ya empezar a formar la comunidad tal como Él quiere que quede formada y empezar el apostolado de una manera formal. Por eso esa llamada lacónica: "¡Vamos! ¡Detrás de mí!", que quiere decir: "Ahora sí llegó el momento de predicar el Reino de Dios con toda la fuerza y la potencia de nuestro ser. Durante un año, de a poco, fueron aprendiendo las cosas fundamentales acerca de mí y del Reino de Dios. Ahora llegó el momento de abandonar todo definitivamente y consagrarse exclusivamente a la predicación del reino. ¡Vamos! ¡Detrás de mí! Se acabó el tiempo del reconocimiento y tanteo del terreno. Ahora llegó el tiempo de la conquista y ocupación del terreno".

A Santiago y a Juan se los presenta ligados todavía a sus padres, cosa que no sucede con Pedro y Andrés. De esta manera se está diciendo que Santiago y Juan eran jóvenes y los dos todavía dependían de su padre; es un modo delicado de sugerir la juventud de Juan, el discípulo virgen y amado de Jesús. En la llamada de Pedro y Andrés, en cambio, no se dice eso porque Pedro ya se había independizado con anterioridad; como dice el mismo evangelio de Marcos, Pedro estaba casado y se menciona a su suegra (Mc.1,29-31).

Pero antes de llamarlos dice el evangelio que Jesús 'vio' a Pedro y Andrés, y 'vio' a Santiago y a Juan (en griego: *eîden*). El *eîden* de Jesús aparece cinco veces en San Marcos: dos veces en el trozo que estamos comentando (Mc.1,16.19); una vez en la vocación de Leví (Mc.2,14); una vez en Mc.1,10 y una vez en Mc.6,34. Se usa, entonces, tres veces para expresar que 'vio' a hombres con vocación sacerdotal y que serán sus apóstoles. Y además en el momento de su bautismo (1,10): "En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu Santo, en forma de paloma, descendía sobre Él". Y finalmente se usa el verbo *eîden* para expresar que Jesús 'vio' a la muchedumbre de hombres abatidos y por esa razón se pone a enseñarles y hará el milagro de la multiplicación de los panes para ellos. Dice el texto: "Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas" (Mc.6,34).

El ver de Jesús no es un ver superficial y exterior sino un ver profundo que se dirige al alma del que es visto. Además el ver de Jesús no se limita a ver sino que transforma a la persona que es vista, ya sean personas particulares o sean grupo de personas. En efecto, a los primeros discípulos (Mc 1,16-20) y a Leví (Mc 2,14), los transforma en pescadores de hombres. Y a la muchedumbre les enseña y les da de comer (Mc 6,34ss). "En todos estos sucesos el ver de Jesús se revela como el inicio de una viva y profunda comunión en la cual Jesús hace participar a cada uno de los que son llamados, aunque también a la gran muchedumbre que representa al pueblo, a su comunión con Dios (1,10-11)" [\[4\]](#).

Pero esto es posible porque antes los ojos de Jesús han visto al Espíritu Santo durante su bautismo. El hecho que los ojos de Jesús hayan visto primero el cielo abierto y el Espíritu Santo bajando sobre Él significa que los ojos de Jesús, antes de empezar a ver las almas elegidas de sus futuros apóstoles y las maravillas que Dios obró en esas almas, antes de ver las almas fatigadas de la multitud, esos ojos de Jesús atravesaron todos los velos sensibles y

penetraron en los cielos hasta el seno de la misma Trinidad, hasta las profundidades de Dios. ¿Y quién conoce las profundidades de Dios sino el Espíritu de Dios? “El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. (...) Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1Cor.2,10-11). Los ojos de Jesús primero se saciaron con la visión de la Trinidad, se saciaron viendo al Espíritu Santo y de esa manera quedaron llenos de una virtud especial para identificar todas las maravillas que ese Espíritu obra en el alma de los elegidos.

Por eso, nosotros podríamos decirle al Señor: “Señor, mírame con esa mirada llena de Espíritu Santo, con esa mirada saciada de Espíritu Santo, para que descubras en mí todo lo bueno que ese Espíritu ha hecho en mí, y así se renueve mi llamado. Vuélveme a mirar como me miraste el día que me llamaste, vuelve a mirarme con tu mirada enamorada, llena de la Persona-Amor que es el Espíritu Santo, y vuelve a llamarme de una manera taxativa, urgente e insoslayable. Yo, ‘al instante’, lo dejaré todo por seguirte”.

Y también podemos pedirle: “Señor, dame esa mirada llena de Espíritu Santo. Haz que yo tenga esa mirada saciada del Espíritu Santo. Haz que mi mirada, antes de mirar a los hombres, se sacie con la contemplación de la Trinidad y, sobre todo, con la contemplación de la Persona-Amor. Que cuando mire al alma de los hombres lo haga solamente con la perspectiva del Espíritu Santo, que lo haga solamente a través del Espíritu Santo, con el prisma que es el Espíritu Santo. Que sepa descubrir las maravillas que tú haces en las almas. Que no mire a través de mi espíritu humano y mezquino, que se encuentra en las partes bajas de mi ser. Que mire a través de tu Espíritu, que se encuentra en las alturas; que sepa ver a los hombres después de haber elevado mis ojos hacia lo alto, después de haber rasgado los cielos con una mirada penetrante que llegue hasta el seno de tu ser, hasta las entrañas más profundas de la Trinidad”.

Y en un arranque de audacia podemos suplicarle: “Señor, haz que sea descubridor de vocaciones, que me admire al ver almas que tú has llamado, que tenga ojos para ver el sello de tus elegidos a una vida de especial consagración, que pueda experimentar el gozo de descubrir la semilla de la vocación y el sello de tu llamada en muchos hombres y mujeres. Que me goce pensando en la entrega que ellos harán de ti, en el seguimiento inmediato a tu llamada”.

Y finalmente decirle: “Señor, haz que con una mirada llena de Espíritu Santo sepa descubrir las dolencias del alma de los demás; que sepa adivinar los sufrimientos interiores de todos los hombres y mujeres que yo encuentre en mi camino, que sepa discernir cuáles son las necesidades sustanciales de sus almas espirituales. Señor, que sepa sentir compasión y compadecerme de esas almas; que sepa encontrar las palabras adecuadas para llenar sus necesidades espirituales”.

“Maravilloso es el ver de Jesús. Sus ojos ven en estos pescadores desconocidos y en este publicano despreciado a sus futuros compañeros y colaboradores, y ven en esta muchedumbre desorientada al pueblo de Dios y sus necesidades. ¿De qué naturaleza son nuestros ojos? ¿Cómo están programados? ¿Qué vemos en las personas que nos circundan? ¿Enemigos, competidores, gente estúpida y aburrida? Los ojos de Jesús han visto primero la apertura de los cielos y el descenso del Espíritu. Nuestra mirada debe estar siempre dirigida a Dios y tenemos necesidad del Espíritu para ver con justicia a los hombres, para ver y reconocer sus cualidades, para ver sus necesidades y ayudarlos” [5].

Otra característica de esta llamada de Jesús es que ese “¡detrás de mí!” (1,16.19) y ese “¡sígueme!” (2,14) cambia la vida de los llamados y determina un nuevo estilo de vida para ellos. Así como el ser pescadores de peces requiere comprometer toda la persona y todo el tiempo, lo mismo sucede con el nuevo oficio de ser pescadores de hombres. “Se les requiere comprometer la propia persona con todas las capacidades y con todo el tiempo, y entrar en la comunidad de vida con Jesús. Y se les requiere que lo hagan según la relación que existe entre el maestro y los discípulos. Jesús será su maestro que los instruirá, y ellos son sus discípulos que tienen tanto que aprender de sus enseñanzas y de su ejemplo” [6].

Pero esto no quiere decir que es sólo el discípulo el que debe ligarse a Jesús. Jesús también se da por entero, se entrega al discípulo, se liga a sus discípulos, como el maestro se liga con los suyos. El maestro se compromete también en la comunidad de vida. La misma cercanía que Jesús pide que los discípulos tengan con Él, la tiene Él con ellos en cuanto Maestro. Él también se compromete a estar muy cerca del que lo sigue atrás de él. Y por esta razón la vocación también es un don, porque es el llamado a una vida íntima con Jesús. Este don debe ser comprendido cada vez mejor por los discípulos para que tengan plena conciencia de su valor [7].

Sin embargo, hay algo importante que hay que tener en cuenta: el orden en esta relación recíproca es Jesús

adelante y el discípulo atrás; esta relación no puede ser cambiada. El discípulo debe seguir al Maestro por dónde Él vaya. No debe seguirlo solamente en las buenas. Algo así pasó con los discípulos y con Pedro. Mientras Jesús mostraba su poder, hacía milagros y predicaba con gran belleza, ellos no ponían objeciones al seguimiento. Pero cuando Jesús anunció que su camino terminaba en la cruz, Pedro quiso cambiar el orden. Se puso él delante y le dijo a Jesús: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!” (Mt.16,22). Entonces Jesús restableció el orden diciéndole: “¡Detrás de mí, satanás!” (*hupáge opíso mou sataná*) (Mc.8,33).

La respuesta de los hombres que han sido llamados es inmediata: “Al instante (en griego: *euthûs*), dejando las redes le siguieron” (Mc.1,18). “Ellos, al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron” (Mt.4,22). A pesar del serio e intenso trabajo los pescadores escuchan la voz de Jesús y aceptan su llamada con la misma urgencia con son llamados.

La respuesta consiste en dos cosas: en abandonar y en seguir. El abandonar mira al pasado, abandonan el ambiente en el cual han vivido hasta ahora. El seguir mira al futuro, a la relación de intimidad que tendrán con Jesús a partir de ese momento.

“Jesús encuentra a estos hombres no en un ambiente abstracto, en una situación vacía sino en circunstancias muy concretas. No encuentra personas que no saben qué hacer de su vida sino personas que están plenamente ocupadas. Unos están arrojando las redes en el mar, otros las reparan en la barca; Leví está sentado en la mesa de los impuestos. Todos están ejerciendo su oficio, del cual viven con sus familias. Todos pertenecen a un ambiente bien determinado, rico en relaciones y compromisos. Todo esto resulta todavía más concreto en una respuesta posterior de Jesús: “Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio...” (Mc.10,29). Las relaciones mencionadas se refieren a la familia y a la propiedad (...). Se revela aquí el carácter exigente e incisivo de la llamada de Jesús. Las personas que ha interpelado deben salir del ambiente en el cual han vivido hasta ahora y deben llegar a ser libres para el seguimiento de Jesús. Se requiere un verdadero cambio del modo de vivir. Su mirada no debe dirigirse al pasado sino al futuro que queda determinado por la relación con Jesús. Las relaciones y los compromisos que han sido abandonados tienen un gran valor humano. ¡Qué grande debe ser el valor del seguimiento de Jesús desde el momento que debe preferirse ese seguimiento a estas otras relaciones!” ^[8]

El abandonar su vida anterior y el seguir a Jesús significará también un profundo cambio en sus propias vidas: se convertirán en pescadores de hombres. Lo mismo que ellos hacían con sus redes materiales recogiendo peces deben hacerlo ahora con instrumentos espirituales recogiendo hombres. Por lo tanto es claro que su misión es recoger y reunir a los hombres. Pero es muy importante saber que la causa de este cambio no son ellos mismos sino que la causa del cambio es Jesús: “Yo haré que vosotros lleguéis a ser pescadores de hombres”, dice literalmente el evangelio.

Los primeros discípulos de Jesús

Jesús ya había establecido los primeros contactos con algunos de sus futuros discípulos (cf. Jn.1,35-51). Incluso había formado una incipiente comunidad con la que se hace presente en las bodas de Caná. Con Él en esa boda se encuentran sin duda Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe y Bartolomé. Sin embargo, el llamado definitivo no había sido todavía proferido por Jesús. Esta llamada definitiva la hará precisamente al comienzo de esta segunda etapa de su vida pública y estando ya en Galilea ^[9]. El acontecimiento sucedió en febrero o marzo del 780 U.c. y está narrado en Mc.1,16-20 y Mt.4,12-17 ^[10].

Jesús va caminando por la orilla del Mar de Galilea y ve Simón y Andrés, hermanos entre sí, y a Santiago y a Juan, hermanos entre sí. Y allí les lanza la llamada para que lo sigan, es decir, para que sean sus discípulos de una manera definitiva y perpetua. Se acabó ya el tiempo de la preparación; llegó el tiempo de la acción. Desde hacía casi un año que ellos habían conocido a Jesús y que habían decidido ser sus discípulos. Pero todavía no estaban concentrados en un 100 % en la actividad de discípulos. Ese primer año fue como un postulante. Ahora llegó el momento de entrar al Noviciado y al Seminario abandonando la familia y el mundo.

Lo primero que llama la atención al leer los textos evangélicos es que se mencionan los nombres de los que han sido llamados, dado que en el evangelio raramente sucede esto. De esta manera se indica que la llamada no es colectiva sino sólo personal ^[11].

La frase con que Jesús los llama es ‘venid detrás de mí’ (en griego: *deûte opíso mou*). Pero en realidad ese *deûte* puede también traducirse como un imperativo: ‘¡vamos!’. Entonces Jesús les dijo más bien: “¡Vamos! ¡Detrás de mí!”. Es una voz de orden, de mando. Nos hace acordar a la Contemplación del Rey Temporal de San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. Allí a Jesús se lo presenta como un general que pasa llamando al combate contra los enemigos de la civilización cristiana.

Esto se entiende mejor si tenemos en cuenta que Jesús y estos discípulos, como dijimos, ya se conocían bastante bien y desde hacía un año. Incluso, habían hecho ya alguna experiencia de convivencia juntos. En efecto, se habían encontrado junto al Jordán (“Señor, ¿dónde vives? Venid y veréis”, cf. Jn 1,38.39), Jesús ya había anunciado que Simón se llamaría ‘Piedra’, habían viajado juntos desde Judea a Galilea, habían estado juntos en las Bodas de Caná y ellos ya habían visto la gloria de Jesús y habían creído en él (Jn 2,1-11). Pero todavía no había empezado la vida comunitaria propiamente dicha. Habían sido discípulos ‘part time’; ahora lo serían ‘full time’. Es en este momento cuando Jesús decide ya empezar a formar la comunidad tal como Él quiere que quede formada y empezar el apostolado de una manera formal. Por eso esa llamada lacónica: “¡Vamos! ¡Detrás de mí!”, que quiere decir: “Ahora sí llegó el momento de predicar el Reino de Dios con toda la fuerza y la potencia de nuestro ser. Durante un año, de a poco, fueron aprendiendo las cosas fundamentales acerca de mí y del Reino de Dios. Ahora llegó el momento de abandonar todo definitivamente y consagrarse exclusivamente a la predicación del reino. ¡Vamos! ¡Detrás de mí! Se acabó el tiempo del reconocimiento y tanteo del terreno. Ahora llegó el tiempo de la conquista y ocupación del terreno”.

A Santiago y a Juan se los presenta ligados todavía a sus padres, cosa que no sucede con Pedro y Andrés. De esta manera se está diciendo que Santiago y Juan eran jóvenes y los dos todavía dependían de su padre; es un modo delicado de sugerir la juventud de Juan, el discípulo virgen y amado de Jesús. En la llamada de Pedro y Andrés, en cambio, no se dice eso porque Pedro ya se había independizado con anterioridad; como dice el mismo evangelio de Marcos, Pedro estaba casado y se menciona a su suegra (Mc.1,29-31).

Pero antes de llamarlos dice el evangelio que Jesús ‘vio’ a Pedro y Andrés, y ‘vio’ a Santiago y a Juan (en griego: *eíden*). El *eíden* de Jesús aparece cinco veces en San Marcos: dos veces en el trozo que estamos comentando (Mc.1,16.19); una vez en la vocación de Leví (Mc.2,14); una vez en Mc.1,10 y una vez en Mc.6,34. Se usa, entonces, tres veces para expresar que ‘vio’ a hombres con vocación sacerdotal y que serán sus apóstoles. Y además en el momento de su bautismo (1,10): “En cuanto salió del agua *vio* que los cielos se rasgaban y que el Espíritu Santo, en forma de paloma, descendía sobre Él”. Y finalmente se usa el verbo *eíden* para expresar que Jesús ‘vio’ a la muchedumbre de hombres abatidos y por esa razón se pone a enseñarles y hará el milagro de la multiplicación de los panes para ellos. Dice el texto: “Al desembarcar, *vio* mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc.6,34).

El ver de Jesús no es un ver superficial y exterior sino un ver profundo que se dirige al alma del que es visto. Además el ver de Jesús no se limita a ver sino que transforma a la persona que es vista, ya sean personas particulares o sean grupo de personas. En efecto, a los primeros discípulos (Mc 1,16-20) y a Leví (Mc 2,14), los transforma en pescadores de hombres. Y a la muchedumbre les enseña y les da de comer (Mc 6,34ss). “En todos estos sucesos el ver de Jesús se revela como el inicio de una viva y profunda comunión en la cual Jesús hace participar a cada uno de los que son llamados, aunque también a la gran muchedumbre que representa al pueblo, a su comunión con Dios (1,10-11)” [\[12\]](#).

Pero esto es posible porque antes los ojos de Jesús han visto al Espíritu Santo durante su bautismo. El hecho que los ojos de Jesús hayan visto primero el cielo abierto y el Espíritu Santo bajando sobre Él significa que los ojos de Jesús, antes de empezar a ver las almas elegidas de sus futuros apóstoles y las maravillas que Dios obró en esas almas, antes de ver las almas fatigadas de la multitud, esos ojos de Jesús atravesaron todos los velos sensibles y penetraron en los cielos hasta el seno de la misma Trinidad, hasta las profundidades de Dios. ¿Y quién conoce las profundidades de Dios sino el Espíritu de Dios? “El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. (...) Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1Cor.2,10-11). Los ojos de Jesús primero se saciaron con la visión de la Trinidad, se saciaron viendo al Espíritu Santo y de esa manera quedaron llenos de una virtud especial para identificar todas las maravillas que ese Espíritu obra en el alma de los elegidos.

Por eso, nosotros podríamos decirle al Señor: “Señor, mírame con esa mirada llena de Espíritu Santo, con esa mirada saciada de Espíritu Santo, para que descubras en mí todo lo bueno que ese Espíritu ha hecho en mí, y así se

renueve mi llamado. Vuélveme a mirar como me miraste el día que me llamaste, vuelve a mirarme con tu mirada enamorada, llena de la Persona-Amor que es el Espíritu Santo, y vuelve a llamarme de una manera taxativa, urgente e insoslayable. Yo, 'al instante', lo dejaré todo por seguirte".

Y también podemos pedirle: "Señor, dame esa mirada llena de Espíritu Santo. Haz que yo tenga esa mirada saciada del Espíritu Santo. Haz que mi mirada, antes de mirar a los hombres, se sacie con la contemplación de la Trinidad y, sobre todo, con la contemplación de la Persona-Amor. Que cuando mire al alma de los hombres lo haga solamente con la perspectiva del Espíritu Santo, que lo haga solamente a través del Espíritu Santo, con el prisma que es el Espíritu Santo. Que sepa descubrir las maravillas que tú haces en las almas. Que no mire a través de mi espíritu humano y mezquino, que se encuentra en las partes bajas de mi ser. Que mire a través de tu Espíritu, que se encuentra en las alturas; que sepa ver a los hombres después de haber elevado mis ojos hacia lo alto, después de haber rasgado los cielos con una mirada penetrante que llegue hasta el seno de tu ser, hasta las entrañas más profundas de la Trinidad".

Y en un arranque de audacia podemos suplicarle: "Señor, haz que sea descubridor de vocaciones, que me admire al ver almas que tú has llamado, que tenga ojos para ver el sello de tus elegidos a una vida de especial consagración, que pueda experimentar el gozo de descubrir la semilla de la vocación y el sello de tu llamada en muchos hombres y mujeres. Que me goce pensando en la entrega que ellos harán de ti, en el seguimiento inmediato a tu llamada".

Y finalmente decirle: "Señor, haz que con una mirada llena de Espíritu Santo sepa descubrir las dolencias del alma de los demás; que sepa adivinar los sufrimientos interiores de todos los hombres y mujeres que yo encuentre en mi camino, que sepa discernir cuáles son las necesidades sustanciales de sus almas espirituales. Señor, que sepa sentir compasión y compadecerme de esas almas; que sepa encontrar las palabras adecuadas para llenar sus necesidades espirituales".

"Maravilloso es el ver de Jesús. Sus ojos ven en estos pescadores desconocidos y en este publicano despreciado a sus futuros compañeros y colaboradores, y ven en esta muchedumbre desorientada al pueblo de Dios y sus necesidades. ¿De qué naturaleza son nuestros ojos? ¿Cómo están programados? ¿Qué vemos en las personas que nos circundan? ¿Enemigos, competidores, gente estúpida y aburrida? Los ojos de Jesús han visto primero la apertura de los cielos y el descenso del Espíritu. Nuestra mirada debe estar siempre dirigida a Dios y tenemos necesidad del Espíritu para ver con justicia a los hombres, para ver y reconocer sus cualidades, para ver sus necesidades y ayudarlos" [\[13\]](#).

Otra característica de esta llamada de Jesús es que ese "¡detrás de mí!" (1,16,19) y ese "¡sígueme!" (2,14) cambia la vida de los llamados y determina un nuevo estilo de vida para ellos. Así como el ser pescadores de peces requiere comprometer toda la persona y todo el tiempo, lo mismo sucede con el nuevo oficio de ser pescadores de hombres. "Se les requiere comprometer la propia persona con todas las capacidades y con todo el tiempo, y entrar en la comunidad de vida con Jesús. Y se les requiere que lo hagan según la relación que existe entre el maestro y los discípulos. Jesús será su maestro que los instruirá, y ellos son sus discípulos que tienen tanto que aprender de sus enseñanzas y de su ejemplo" [\[14\]](#).

Pero esto no quiere decir que es sólo el discípulo el que debe ligarse a Jesús. Jesús también se da por entero, se entrega al discípulo, se liga a sus discípulos, como el maestro se liga con los suyos. El maestro se compromete también en la comunidad de vida. La misma cercanía que Jesús pide que los discípulos tengan con Él, la tiene Él con ellos en cuanto Maestro. Él también se compromete a estar muy cerca del que lo sigue atrás de él. Y por esta razón la vocación también es un don, porque es el llamado a una vida íntima con Jesús. Este don debe ser comprendido cada vez mejor por los discípulos para que tengan plena conciencia de su valor [\[15\]](#).

Sin embargo, hay algo importante que hay que tener en cuenta: el orden en esta relación recíproca es Jesús adelante y el discípulo atrás; esta relación no puede ser cambiada. El discípulo debe seguir al Maestro por dónde Él vaya. No debe seguirlo solamente en las buenas. Algo así pasó con los discípulos y con Pedro. Mientras Jesús mostraba su poder, hacía milagros y predicaba con gran belleza, ellos no ponían objeciones al seguimiento. Pero cuando Jesús anunció que su camino terminaba en la cruz, Pedro quiso cambiar el orden. Se puso él delante y le dijo a Jesús: "¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!" (Mt.16,22). Entonces Jesús restableció el orden diciéndole: "¡Detrás de mí, satanás!" (*hupáge opíso mou sataná*) (Mc.8,33).

La respuesta de los hombres que han sido llamados es inmediata: “Al instante (en griego: *euthús*), dejando las redes le siguieron” (Mc.1,18). “Ellos, al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron” (Mt.4,22). A pesar del serio e intenso trabajo los pescadores escuchan la voz de Jesús y aceptan su llamada con la misma urgencia con son llamados.

La respuesta consiste en dos cosas: en abandonar y en seguir. El abandonar mira al pasado, abandonan el ambiente en el cual han vivido hasta ahora. El seguir mira al futuro, a la relación de intimidad que tendrán con Jesús a partir de ese momento.

“Jesús encuentra a estos hombres no en un ambiente abstracto, en una situación vacía sino en circunstancias muy concretas. No encuentra personas que no saben qué hacer de su vida sino personas que están plenamente ocupadas. Unos están arrojando las redes en el mar, otros las reparan en la barca; Leví está sentado en la mesa de los impuestos. Todos están ejerciendo su oficio, del cual viven con sus familias. Todos pertenecen a un ambiente bien determinado, rico en relaciones y compromisos. Todo esto resulta todavía más concreto en una respuesta posterior de Jesús: “Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio...” (Mc.10,29). Las relaciones mencionadas se refieren a la familia y a la propiedad (...). Se revela aquí el carácter exigente e incisivo de la llamada de Jesús. Las personas que ha interpelado deben salir del ambiente en el cual han vivido hasta ahora y deben llegar a ser libres para el seguimiento de Jesús. Se requiere un verdadero cambio del modo de vivir. Su mirada no debe dirigirse al pasado sino al futuro que queda determinado por la relación con Jesús. Las relaciones y los compromisos que han sido abandonados tienen un gran valor humano. ¡Qué grande debe ser el valor del seguimiento de Jesús desde el momento que debe preferirse ese seguimiento a estas otras relaciones!” ^[16]

El abandonar su vida anterior y el seguir a Jesús significará también un profundo cambio en sus propias vidas: se convertirán en pescadores de hombres. Lo mismo que ellos hacían con sus redes materiales recogiendo peces deben hacerlo ahora con instrumentos espirituales recogiendo hombres. Por lo tanto es claro que su misión es recoger y reunir a los hombres. Pero es muy importante saber que la causa de este cambio no son ellos mismos sino que la causa del cambio es Jesús: “Yo haré que vosotros lleguéis a ser pescadores de hombres”, dice literalmente el evangelio.

[Volver Arriba](#)

Santos Padres

San Juan Crisóstomo

HOMILÍA 14

Mas como oyera Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea, etc. (Mt 4,12ss).

POR QUÉ SE RETIRA JESÚS AL SER ENCARCELADO JUAN

1. ¿Por qué se retira el Señor otra vez? Para enseñarnos a no arrojarnos nosotros temerariamente a las tentaciones, sino saber ceder y retirarnos. Porque no se nos puede culpar de que no nos precipitemos voluntariamente al peligro, sino de que, venidos a él, no nos mantengamos firmes valerosamente. Para darnos, pues, esta lección y juntamente para mitigar la envidia de los judíos, se retira el Señor a Cafarnaúm. Por otra parte, no sólo iba a cumplir la profecía de Isaías de que nos habla el evangelista, sino que tenía interés en pescar a los que habían de ser maestros de toda la tierra, pues en Cafarnaúm vivían de su profesión de pescadores. Mas considerad, os ruego, cómo en toda ocasión en que tiene el Señor que marchar a los gentiles, son los judíos quienes le dan motivo para ello. Aquí, en efecto, por haber tendido sus asechanzas contra el Precursor y haberlo metido en la cárcel, empujan al Señor a que pase a la Galilea de las naciones. Porque el profeta no habla aquí de una parte del pueblo judaico, ni alude, tampoco, a todas las tribus; mirad más bien cómo define y determina aquel lugar—la Galilea de las naciones—, diciendo así: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el camino del mar en la Transjordania, Galilea de las naciones: El pueblo sentado en las tinieblas vio una luz grande. Tinieblas llama aquí el profeta no a las tinieblas sensibles, sino al error y la impiedad. De aquí que añade: A los sentados en la región y sombras de la muerte, una luz les ha salido. Porque os

dierais cuenta de que ni la luz ni las tinieblas son aquí las tinieblas y luz sensible, hablando de la luz, no la llamó así simplemente, sino luz grande, la misma que en otra parte llama la Escritura luz verdadera ; y, explicando las tinieblas, les dio nombre de sombras de la muerte. Luego, para hacer ver que no fueron ellos quienes, por haberle buscado, encontraron a Dios, sino éste quien del cielo se les apareció: Una luz—dice—salió para ellos, es decir, la luz misma salió y brilló para ellos, no que ellos corrieran primero hacia la luz. A la verdad, antes de la venida de Cristo, la situación del género humano era extrema. Porque no solamente caminaban los hombres entre tinieblas, sino que estaban sentados en ellas, que es señal de no tener ni esperanza de salir de ellas. Como si no supieran por dónde tenían que andar, envueltos por las tinieblas, se habían sentado en ellas, pues ya no tenían fuerza ni para mantenerse en pie.

EMPIEZA LA PREDICACIÓN DE JESÚS

Desde aquel momento empezó Jesús a predicar y decir: Arrepentíos, porque está cerca el reino de los cielos.

—Desde aquel momento... ¿Cuándo? —Desde que Juan fue encarcelado. ¿Y por qué no predicó Jesús desde el principio? ¿Qué necesidad tenía en absoluto de Juan, cuando sus propias obras daban de Él tan alto testimonio? — Para que también por esta circunstancia os deis cuenta de la dignidad del Señor, pues también Él, como el Padre, tiene sus profetas. Es lo que había dicho Zacarías: Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo . Por otra parte, no quería dejar pretexto alguno a los desvergonzados judíos. Razón que puso Él mismo cuando dijo: Vino Juan, que no comía ni bebía, y dijeron: Está endemoniado. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He ahí a un hombre comilón y bebedor y amigo de publicanos y pecadores. Y fue justificada la sabiduría por sus propios hijos . Por otra parte, era necesario que fuera otro y no Él mismo quien hablara primero de sí mismo. Aun después de tantos y tan altos testimonios y demostraciones, le solían objetar: Tú das testimonio sobre ti mismo. Tu testimonio no es verdadero . ¿Qué no hubieran dicho si Juan, presentándose entre ellos, no hubiera primero atestiguado al Señor? La razón, en fin, por que Jesús no predicó ni hizo milagros antes de que Juan fuera metido en la cárcel, fue para no dar de ese modo lugar a una escisión entre la muchedumbre. Por la misma razón tampoco Juan obró milagro alguno, pues así quería entregarle a Él la muchedumbre. Sus milagros la arrastrarían hacia Él. En fin, si aun con tantas precauciones antes y después del encarcelamiento, todavía sentían celos de Jesús los discípulos de Juan y las turbas sospechaban que Juan y no Jesús era el Mesías, ¿qué hubiera sucedido sin todo eso? Por todas estas razones indica Mateo que desde entonces empezó Jesús a predicar. Es más, al principio Jesús repite la misma predicación de Juan. Y todavía no habla de sí mismo, sino que se contenta con predicar lo que aquél había ya predicado. Realmente, bastante era que por entonces aceptaran aquella predicación, puesto que todavía no tenían sobre el Señor la opinión debida.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS

2. Por la misma razón, en sus comienzos, el Señor no pronuncia palabra dura ni molesta, como cuando Juan habla del hacha y del árbol cortado. Jesús no se acuerda ya ni del biello, ni de la era, ni del fuego inextinguible. Sus preludios son todos de bondad, y el primer mensaje que dirige a sus oyentes versa sobre los cielos y el reino de los cielos. Y, caminando orillas del mar de Galilea, vio a dos hermanos: Simón—que se llama Pedro—y Andrés, su hermano, que estaban echando sus redes al mar, pues eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí y yo os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando sus redes, le siguieron. Realmente, Juan cuenta de otro modo la vocación de estos discípulos. Lo cual prueba que se trata aquí de un segundo llamamiento, lo que puede comprobarse por muchas circunstancias. Juan, en efecto, dice que se acercaron a Jesús antes de que el Precursor fuera encarcelado; aquí, empero, se nos cuenta que su llamamiento tuvo lugar después de encarcelado aquél. Allí Andrés llama a Pedro; aquí los llama Jesús a los dos. Juan cuenta que, viendo Jesús venir a Pedro, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás. Tú te llamarás Cefás, que se interpreta Pedro , es decir, "roca". Mateo, empero, dice que Simón llevaba ya ese nombre: Porque, viendo —dice—a Simón, el que se llama Pedro. Que se trate aquí de segundo llamamiento, puede también verse por el lugar de donde son llamados y, entre otras muchas circunstancias, por la facilidad con que obedecen al Señor y todo lo abandonan para seguirle. Es que estaban ya de antemano bien instruidos. En Juan se ve que Andrés entra con Jesús en una casa y allí le escucha largamente; aquí, apenas oyeron la primera palabra, le siguieron inmediatamente. Y es que, probablemente, le habían seguido al principio y luego le dejaron; y, entrando Juan en la cárcel, también ellos se retirarían y volverían a su ordinaria ocupación de la pesca. Por lo menos así se explica bien que el Señor los encuentre ahora pescando: Él por su parte, ni cuando quisieron al principio marcharse se lo prohibió, ni, ya que se hubieron marchado, los abandonó definitivamente. No, cedió cuando se fueron; pero vuelve otra vez a recuperarlos. Lo cual es el mejor modo de pescar.

LA FE Y LA OBEDIENCIA CON QUE LOS DISCÍPULOS SIGUEN AL SEÑOR

Más considerad la fe y obediencia de estos discípulos. Hallándose en medio de su trabajo—y bien sabéis cuán gustosa es la pesca—, apenas oyen su mandato, no vacilan ni aplazan un momento su seguimiento. No le dijeron: Vamos a volver a casa y decir adiós a los parientes. No, lo dejan todo y se ponen en su seguimiento, como hizo Eliseo con Elías. Ésa es la obediencia que Cristo nos pide: ni un momento de dilación, por muy necesario que sea lo que pudiera retardar nuestro seguimiento. Al otro que se le acercó y le pidió permiso para ir a enterrar a su padre, no se lo consintió. Con lo que nos da a entender que su seguimiento ha de ponerse por encima de todo lo demás. Y no me digáis que fue muy grande la promesa que se les hacía, pues por eso los admiro yo particularmente. No habían visto milagro alguno del Señor, y, sin embargo, creyeron en la gran promesa que les hacía y todo lo pospusieron a su seguimiento. Ellos creyeron, en efecto, que por las mismas palabras con que ellos habían sido pescados lograrían también ellos pescar a otros. A Andrés y Pedro eso les prometió el Señor, mas en el llamamiento de Santiago y Juan no se nos habla de promesa alguna. Seguramente la obediencia de los que les precedían les había ya preparado el camino. Por otra parte, también ellos habían antes oído hablar mucho de Jesús. Pero mirad por otra parte cuán puntualmente nos da a entender el evangelista la pobreza de estos últimos discípulos. Los halló, efectivamente, el Señor cosiendo sus redes. Tan extrema era su pobreza, que tenían que reparar sus redes rotas por no poder comprar otras nuevas. Y no es pequeña la prueba de su virtud que ya en eso nos presenta el evangelio: soportan generosamente la pobreza, se ganan la vida con justos trabajos, están entre sí unidos por la fuerza de la caridad y tienen consigo y cuidan a su padre.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 14, 1-2*, BAC Madrid 1955 (I), p. 255-260

[Volver Arriba](#)

Aplicación

San Juan Pablo II

1) Necesidad de la conversión constante

“Está cerca el reino de Dios: convertíos y creed la Buena Noticia” (Mc 1,15).

La liturgia propone dos temas: el primero de ellos es la conversión; el segundo, la vocación.

La conversión es proclamada por el profeta del Antiguo Testamento Jonás, al que Dios envió a una gran ciudad, Nínive: “Dentro de Cuarenta días Nínive será arrasada” (Jo 3,4) a causa de sus pecados. Así hablaba, por medio del Profeta, a los habitantes de Nínive el Señor, de quien dice el Salmista que “enseña el camino a los pecadores” (Sal 25/24,8).

El anuncio de Jonás obtuvo resultados: “Se convertían de sus pecados” (Jo 3,10) y, por esto, el Señor no envía el castigo anunciado.

La conversión es proclamada también por Jesucristo: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: Convertíos y creed la Buena Noticia” (Mc 1,15).

En uno y otro caso la conversión significa alejamiento del mal, del pecado. En el primer caso el alejamiento del mal se impone por miedo al castigo (Jonás). En cambio Jesucristo invita a la conversión por la cercanía de Dios y de su reino.

La conversión es un momento clave de la vida interior de cada uno de los hombres, en la vida religioso-moral. Ésta tiene múltiples características y se realiza en diversos períodos de la vida. Nosotros hablamos de conversión, cuando se trata de un trastrueque fundamental que decide el cambio de dirección en la vida y en la conducta. Pero hay también conversiones cotidianas, que aparentemente pasan casi inadvertidas y se refieren a problemas en apariencia pequeños, y sin embargo importantes para el desarrollo del alma humana.

Se habla también de la primera y segunda conversión y, a veces, de la tercera. La primera significa el alejamiento de los pecados graves que obstaculizan la vida sobrenatural. Las sucesivas conversiones se refieren a etapas ulteriores en el camino del alejamiento del mal y del acercamiento a Dios.

Este es el primer tema que descubrimos en la palabra de la liturgia de hoy. A este tema hay que referir también las palabras del Salmo responsorial: “Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor” (Sal 25/24, 6-7).

La conversión está en íntimo y orgánico vínculo con la misericordia divina.

2) La vocación

El segundo tema -como hemos dicho- es la vocación.

Sobre la vocación del hombre por parte de Dios habla también la primera lectura: “Levántate y vete a Nínive, la gran capital y pregona allí el pregón que te diré” (Jo 3,2). Jonás se levantó y se fue...

La lectura del Evangelio recuerda la llamada de los primeros Apóstoles. En los dos casos allí citados se trata de dos hermanos: primero de Simón (denominado después Pedro) y de su hermano Andrés; luego de Santiago, hijo de Zebedeo, y de su hermano Juan. Cristo llamó a los dos primeros en la ribera del mar de Galilea cuando, al ser pescadores, “estaban echando el copo en el lago” (Mc 1,17). A los otros los llamó cuando, junto al mismo mar, “estaban en la barca repasando las redes” (Mc 1,19). Y también ellos, “dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con Él” (Mc 1,20).

Como se ve, la vocación significa llamada del hombre por parte de Dios. Dios llama al cumplimiento de tareas que asigna al hombre y, al llamarlo, le manda tener confianza de que llegará a realizar su misión. Así fue precisamente en el caso de Jonás, que incluso quería huir de la llamada de Dios, juzgando que era superior a sus fuerzas. Los hijos de Jonás y de Zebedeo, llamados junto al mar de Galilea, siguieron muy gustosamente a Cristo. Sin embargo, es sabido que, en el camino de su vocación apostólica, les esperaban diversas pruebas a cada uno de ellos.

Al tema de la vocación se refieren también las palabras del Salmo (25/24,4-5) “Señor enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas. Haz que camine con lealtad; enséñame porque tú eres mi Dios y Salvador”.

Precisamente: la esperanza: Si Dios pone ante nosotros la misión, también nos da la gracia.

Estos dos momentos -el momento de la conversión y el de la vocación- tiene una importancia determinada en la vida de cada uno de los cristianos. Se puede decir que en ellos se desarrolla toda la economía salvífica de Dios en relación con el hombre, y en el ámbito de esta economía divina del hombre madura desde dentro.

Esta maduración presupone el alejamiento del mal, la ruptura con el pecado, la extirpación de las malas disposiciones, la lucha, a veces dura, con las ocasiones de pecado, la superación de las pasiones: todo el gran trabajo interior, gracias al cual, el hombre se aleja de todo lo que en él se opone a Dios y a su voluntad, y se acerca a la santidad cuya plenitud es Dios mismo.

La conversión es un movimiento bipolar: el hombre se aparta del mal para orientarse hacia Dios. Y por esto en el camino de la conversión se encuentra la vocación. A medida que el hombre se dirige hacia Dios, encuentra la función que Dios le asigna en la vida. Esto se puede expresar todavía mejor: a medida que el hombre se dirige hacia Dios, descubre que su vida es una misión que Dios le ha asignado. Y la aceptación de esta misión significa una prueba de amor a Dios y a los hombres. Así el hombre “se convierte” de modo nuevo en el que “es”.

Simón y Andrés, Santiago y Juan, siendo pescadores en el mar de Galilea, se convirtieron de modo nuevo en pescadores: “pescadores de hombres” (Mc 1,17).

3) Cristo llama a cada uno

Pienso que cada uno se encuentra en un momento de conversión, conocido sólo por él y por Dios mismo. ¿Alguno está aún muy lejano de Dios a causa de sus pecados? ¿Es tal vez el mundo quien le ofusca la visión de Dios? ¿Acaso no se deja ver en él la primera conversión?... Luego pienso que cada uno tiene aquí una vocación, aun cuando quizá alguno no sea consciente de tenerla. No sabe que todo lo que llena su vida, si es lícito en sí mismo, puede ser, más aún, es precisamente la misión que le ha asignado Dios.

Saludo, pues, a cada uno de vosotros como invitado por la potencia de la divina misericordia a la conversión, y como llamado... A cada uno Cristo le dice de algún modo: “Sígueme” (...).

En la segunda lectura de la liturgia de hoy habla San Pablo con palabras que pueden sorprender alguna vez: “Hermanos: os digo esto: el momento es apremiante. Queda como solución: que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no lo estuvieran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutasen de él: porque la presentación de este mundo se termina” (1 Cor 7,29-31).

¡Solo Dios no pasa! Y por esto tiene la vida un valor estable, en la medida en que nos alejamos del mal y nos acercamos a Él mismo por el camino de la conversión. Y tiene un valor estable la vida, en la medida en que aceptamos la misión que Él nos asigna y la cumplimos.

San Alberto Huertado

¿Qué ha de hacerse ante la falta de vocaciones sacerdotales?

Es necesario comenzar por conocer lo que es la vocación al sacerdocio para poder orientar las almas que sientan el llamamiento del Señor.

La vocación es un llamamiento que Cristo dirige al fondo de la conciencia de un joven para que consagre su vida al apostolado o a la práctica de la perfección cristiana. Es un renovarse en el transcurso de los siglos de las palabras de Cristo al joven del evangelio. "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres, sígueme y tendrás un tesoro en el Reino de los Cielos". La vocación no es en general un llamamiento obligatorio para el joven sino una invitación a su generosidad que no compromete directamente la salvación eterna de su alma en caso de no seguirla. Más que el problema de qué me exige Dios, la vocación me plantea este otro: ¿Qué quiero darle yo a Cristo? ¿Qué quiero hacer por Jesús para manifestarle la sinceridad de mi adhesión a El?

Ahora bien, ¿cómo se manifiesta esta elección personal? Algunos han creído erróneamente que no podía haber vocación al sacerdocio sin una moción sensible del Espíritu Santo, sin un don místico extraordinario como el que tuvieron San Luis Gonzaga o Estanislao de Kostka. Otros erróneamente también han pensado que para tener vocación se necesita tener atractivo por el sacerdocio, gusto natural por la vida y ministerios del sacerdote.

La enseñanza oficial de la Iglesia es muy diferente. Pío XI en un documento oficial sobre el sacerdocio destinado a los católicos del mundo, dice: "La vocación se revela más que en un sentimiento del corazón o en un sensible atractivo que a veces puede faltar, en la recta intención de quien aspira al sacerdocio unido a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales que lo hacen idóneo para tal estado. Quien se dirige al sacerdocio únicamente por el noble motivo de consagrarse al servicio de Dios y a la salvación de las almas, y juntamente, a lo menos con el fin de alcanzar seriamente una sólida piedad, una pureza de vida a toda prueba, una ciencia suficiente, éste muestra que ha sido llamado por Dios al estado sacerdotal". El documento es bien preciso. El Sumo Pontífice con su autoridad de Maestro supremo de la cristiandad enseña que no se necesita atractivo sensible, ni un sentimiento del corazón, sino cualidades y recta intención.

La misma doctrina había sido sostenida en el Código de Derecho Canónico (Canon 538): "Todo católico que no tenga impedimento legítimo y que sea impulsado por una recta intención y se encuentre apto para llevar la carga de la vida religiosa, puede ser admitido en religión". Para entrar en la vida religiosa se necesita vocación; y el Código no exige para que un sujeto tenga vocación, sino la ausencia de legítimos impedimentos, recta intención y aptitud para la vida religiosa.

Pío X había aprobado la misma doctrina al aceptar oficialmente las siguientes proposiciones contenidas en la obra del Canónico José Lahitton: "La vocación sacerdotal": "La condición que hay que examinar de parte del ordenando y que se llama también vocación sacerdotal, no consiste en ningún modo, al menos necesariamente o por regla ordinaria en cierto atractivo interior del sujeto, o invitaciones del Espíritu, para que el ordenado sea regularmente llamado por el Obispo. No se exige de él más que la intención recta y la idoneidad que consiste en tales dotes de naturaleza y gracia y en tan comprobada probidad de vida y suficiencia de doctrina que hagan concebir la esperanza fundada de que el sujeto sea capaz de cumplir las funciones del sacerdocio y guardar santamente sus obligaciones".

La opinión, pues, de que es necesaria una atracción sensible, fue rechazada de plano por esta decisión de Pío X. Es indudable que en la mayor parte de las mejores vocaciones no hay tal atracción, antes bien el sujeto experimenta una repulsión natural, un deseo espontáneo de la naturaleza que lo aleja del sacerdocio y lo inclina al matrimonio o a la vida del mundo. En la época ruda y materialista que vivimos, es normal sentir una fuerte repugnancia a una vida que toda ella es sacrificio, negación de sí mismo, a veces hasta el heroísmo. La parte animal del hombre no deja de hablar a pesar del llamamiento sobrenatural de Dios, y a veces estas voces animales resuenan con más fuerza que la suave voz de Dios que se hace oír en el silencio y recogimiento tan raros en este siglo de ruido y movimiento. Pero junto a estas mociones espontáneas de la naturaleza hay en los escogidos por Dios un deseo de la voluntad de hacer lo que Dios quiera, de ser generosos con su Redentor.

Estas condiciones generales de la vocación: cualidades y recta intención de servir a Dios son el único requisito de cuya existencia ha de cerciorarse el Obispo al ordenar a un sujeto, el director espiritual para aprobar una consulta sobre vocación, el propio interesado para saber si puede o no ingresar en el camino del sacerdocio. Pero hay siempre algo que hace que un joven se proponga el problema de su vocación, y es, podríamos decirlo, la condición previa e indispensable para resolver una vocación. No se ha de examinar como la vocación misma, pero es lo que plantea el problema, y es la manifestación primera de la elección divina de un sujeto. Esta condición consiste en una preocupación interior que lleva al joven escogido por Dios a proponerse el problema del sacerdocio: una inquietud de ánimo que lo mueve a mirar al cielo; una predicación que lo hace aspirar a

mayor perfección; la muerte de una persona querida que le enseña la vanidad de la vida; un libro que cae en sus manos; unos ejercicios que lo mueven a buscar la santidad, y hacen que conciba como algo posible para él, aunque con grandes repugnancias a veces, la idea del sacerdocio o de la vida religiosa. Estos medios externos existen siempre en el comienzo de una vocación, y son la condición previa para que ella exista, como el aire es condición para la vida, sin que sea la vida misma. La elección divina de un joven para el sacerdocio o para la vida religiosa se manifiesta, pues, primero dotándolo de las cualidades que lo hacen idóneo para el estado sacerdotal, luego poniéndolo en tales circunstancias que se le presente el sacerdocio como posible para él; y luego ayudándolo a formar una voluntad sobrenatural actual de abrazar ese estado por un fin recto: la mayor gloria de Dios, la salvación de su alma, el apostolado entre los demás. Esto y no más es la salvación divina al sacerdocio o a la vida religiosa.

Hemos hablado de las cualidades requeridas para el sacerdocio ¿de qué cualidades se trata? De las que lo hacen idóneo para los ministerios y género de vida que va a seguir: aptitudes intelectuales, el talento suficiente para los estudios que son necesarios para el sacerdocio, o bien para la vida religiosa; aptitudes físicas, salud suficiente para llevar la vida que va a abrazar, que no exige fuerzas físicas extraordinarias, pero sí un equilibrio de facultades, una salud mental y nerviosa, la ausencia de taras neuróticas; independencia económica, de modo que no sea absolutamente necesario para la vida de sus padres o de las personas que Dios ha puesto a su cuidado; una ausencia de dificultades invencibles para las cosas de piedad; y sobre todo las cualidades morales; la posibilidad con la gracia de Dios de seguir guardando la castidad o de recuperarla si la ha perdido, y si se trata de la vida religiosa, el poder también con la ayuda divina, guardar los votos de obediencia y pobreza, lo que supone que se trata de una persona con la docilidad necesaria para seguir las instrucciones de su superior y que pueda adaptarse a la austeridad de la vida religiosa, que no es la miseria, pero sí el trabajo personal y un marco sencillo de vida.

¡Cuántos jóvenes católicos han recibido de Dios estas cualidades y si encontrasen la cooperación humana podrían ser santos sacerdotes!

La cooperación humana

Dos graves errores se cometen al juzgar la cooperación humana a la vocación divina. Uno que condena S.S. Pío XI es el de aquellos que inficionados de errores positivistas y naturalistas tratan la vocación sacerdotal con el mismo criterio que los fenómenos naturales que pueden ser sujetos a experimentación, como si la gracia no interviniese para nada en esta materia.

Se acercan a este error aquellos que en su proceder no confían en los medios sobrenaturales, sino que creen que la vocación es un asunto de pura propaganda humana, como si se tratase de reclutar voluntarios para una empresa comercial.

Al otro extremo están los que a pesar de las reiteradas y solemnes declaraciones de la Iglesia que piden y reclaman con insistencia la cooperación humana no quieren prestarla, o no se atreven a intervenir en un asunto en el que creen ellos que no tienen ninguna ingerencia, pues no harían sino estorbar la acción del Espíritu Santo, el único maestro y director de las conciencias.

La Iglesia, con todo, en repetidas ocasiones ha manifestado un sentir contrario: En el Código de D.C. (canon 1353) exhorta a todos los sacerdotes y especialmente a los párrocos "a apartar con peculiares cuidados de los contagios del siglo a aquellos niños que dan indicios de vocación eclesiástica, a formarlos en la piedad y cultivar en ellos el germen de la vocación divina".

S.S. Pío XI en su encíclica sobre el sacerdocio dice: "Es necesario no olvidar las diligencias humanas, y por consiguiente cultivar la preciosa semilla de la vocación que Dios deposita largamente en los corazones generosos de tantos jóvenes; y por consiguiente, alabamos y recomendamos con toda nuestra alma aquellas obras saludables que en mil formas y con mil santas industrias surgidas por "el Espíritu Santo, miran a custodiar y promover y a ayudar las vocaciones sacerdotales".

El Cardenal Pizzardo en la carta al Episcopado chileno insiste en que "es evidente la necesidad de laborar con noble constancia y decidido entusiasmo por la obra de las vocaciones eclesiásticas... Porque si bien es cierto que la vocación sacerdotal es don gratuito de la infinita bondad de Dios, de quien desciende todo don perfecto... no es menos cierto que como toda gracia ésta de la vocación exige ordinariamente para su eficacia la cooperación del hombre. Y este grave y dulce deber de fomentar, asistir, cuidar y educar las vocaciones eclesiásticas con acendrada diligencia y maternal asiduidad incumbe en primer lugar y de manera principal a los pastores que deberán rendir cuenta al Señor de las almas que les confiara, y a los párrocos y sacerdotes que con aquellos comparten la asistencia espiritual del pueblo fiel. No están exentos de este deber de coadyuvar los simples fieles, ya que como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, deben concurrir a la edificación del mismo... Pero toca de manera singular a la amada Acción Católica ponerse enteramente a las órdenes del Episcopado y del Clero para la obra de las vocaciones eclesiásticas. Ella, en efecto, ha sido llamada oficialmente por la Iglesia a colaborar en el apostolado de la Jerarquía para la difusión del Reino de Cristo, mediante la formación de fervientes cristianos, que en todas las circunstancias, todos los estados y profesiones, vivan íntegramente la vida católica. Y sin el sacerdote es imposible la formación de cristianos íntegros y aun es imposible la Acción Católica misma, de la cual el sacerdote es el inspirador y animador, pues, es él quien forma espiritualmente a sus miembros y los sostiene, guía y dirige en su apostolado. Aprovecho esta propicia oportunidad para dirigir, en mi calidad de

Presidente del "Oficio Central de la A.C." un cordial y caluroso llamamiento a la misma para que colabore celosamente en tan santa empresa. Abrigo la fundada esperanza de que todas y cada una de las ramas responderán a mi sentida aspiración y a la del Venerable Episcopado y se harán un honroso deber de prestar su decidida cooperación, a la obra de las vocaciones eclesíásticas" (nota 30).

El Episcopado chileno en documento colectivo afirma la misma idea: "Necesitamos muchos y santos sacerdotes. Para ello es menester emprender un trabajo intenso y constante a fin de resolver este problema de la escasez de operarios en la viña del Señor... Trabajo de sacerdotes y fieles, de grandes y chicos. Suele pensarse, erradamente, que sólo a los obispos y a lo más a los sacerdotes, corresponde resolver este problema. Por el contrario: a todos interesa sobre manera y por lo tanto, todos deben tener su parte de labor decidida. ¿No son acaso los mismos fieles que abnegadamente trabajan en las obras católicas, especialmente en la Acción Católica, los que están palpando esta necesidad al verse sin maestros, sin guías, sin asesores" (nota 31).

Para un católico, no cabe, pues, dudar sobre si los fieles y más aún los sacerdotes deben colaborar positivamente a la obra de las vocaciones. Están obligados a hacerlo y deberán dar cuenta al Señor de no haberlo hecho, sobre todo en los gravísimos tiempos que estamos corriendo, de abandono espiritual de las masas.

Y si de la región de los principios que nos recuerdan los documentos pontificios y episcopales, bajamos al orden de las realidades veremos que como afirma el Padre Doncoeur: "Se puede decir que los grandes renacimientos de vocaciones tienen todos por origen el corazón de un obispo" (nota 32) o de un celoso sacerdote que impresionado por el problema de la escasez de operarios en la viña lanza un vibrante llamado a los católicos y consagra su vida a tan noble causa. La obra maravillosa del P. Delbreil, S.J. en Francia, suscitó un intenso movimiento vocacional continuado ahora por el P. Doncoeur. No es la gracia la que falta: es la colaboración humana. Pues, como muy bien dice el P. Doncoeur: "No hemos comprendido aún bastante que Dios pide la colaboración humana para el llamamiento y para la respuesta".

¿Cómo colaborar?

La primera colaboración es la que enseñó explícitamente el Maestro: Rogad al Señor de la mies, que envíe operarios a la mies, porque la mies es mucha y los operarios pocos. La vocación sacerdotal es obra de Dios, ya que como Nuestro Señor dijo a sus apóstoles: "No me elegisteis vosotros a Mí, sino que yo soy quien os he elegido a vosotros". Hay, pues, que pedir al Maestro que multiplique sus luces y dé más y más gracias a los llamados para que se dejen escoger.

Debiera, pues, elevarse sin interrupción en toda nuestra Patria una verdadera cruzada de oraciones públicas y privadas; un verdadero clamor de plegarias en los centros de Acción Católica, en los hogares, en los colegios y en las comunidades religiosas. La oración por las vocaciones debiera rezarla todo cristiano. La primera oración vocacional debería ser el Santo Sacrificio de la Misa, acompañado de nuestro propio sacrificio en unión de la Víctima divina para que su sangre redima más y más almas.

Junto a la oración debe unirse la predicación frecuente de lo que es el sacerdote, su misión, la colaboración de la familia. ¡Cuántos jóvenes podrían ser excelentes sacerdotes si se les abriera el campo de posibilidades y comprendieran que también ellos pueden ser sacerdotes. Los directores espirituales tienen un campo inmenso de trabajo en este sentido, elevando el nivel espiritual de los jóvenes, mostrándoles los amplios horizontes del cristianismo integral, de la perfección que propone Cristo, sugiriéndoles lecturas apropiadas en particular, biografías de sacerdotes apóstoles que pueden hacer concretar muchos ideales.

Los centros de Acción Católica tienen una misión especial en materia de vocaciones. A ellos les toca orar por los sacerdotes, formar ambiente a esta idea, dedicar cada año por lo menos una jornada de retiro, de oración, de estudio a esta materia. La Acción Católica especialmente en Italia ha sido una escuela fecunda de numerosísimas vocaciones sacerdotales. En Argentina, país que sufre aún más que el nuestro del problema de la crisis sacerdotal, en los últimos 10 años la A.C. ha dado más de 450 vocaciones a los seminarios y congregaciones religiosas. Muchos de estos jóvenes son profesionales distinguidos, y todos ellos se han formado en las filas de la Acción Católica, la mayor parte como instructores de aspirantes: allí han comprendido la sublimidad del apostolado cristiano y se han decidido a entregarse ellos mismos.

Todos los grandes movimientos de juventudes católicas de estos últimos años han florecido con vocaciones sacerdotales y religiosas. Nueva Alemania en 15 años dio más de 2.000 vocaciones. El movimiento iniciado entre los 570 alumnos del politécnico de París, de los cuales hace unos 30 años apenas 4 se declaraban católicos llegando ahora a ser unos 440 católicos, ha dado más de un centenar de vocaciones.

Los católicos están comprendiendo su responsabilidad para con la Iglesia y así, en Estados Unidos hay 23.579 seminaristas; 3.114 sobre el año anterior; 1 seminarista por cada 870 católicos. En Indochina, 2.600 seminaristas indígenas: 1 por cada 270 católicos. En China, 6.727 seminaristas; 1 por cada 420 católicos.

¿Y en Chile? Unos 500 de los cuales sólo 155 en seminarios mayores, o sea, 1 por cada 10.000 chilenos.

Los propagandistas en España apenas formados comenzaron a dar magníficas vocaciones entre ellas algún diputado, el director de "El Debate" el gran periódico católico español, y muchos otros. Un movimiento de juventudes que no da vocaciones es señal de que no ha captado el espíritu cristiano: sus miembros no se han

penetrado de lo que es la Iglesia, y no se han empapado en los grandes dogmas de nuestra vida sobrenatural; cuerpo místico, gracia santificante, santo sacrificio de la misa, perdón de los pecados, salvación de las almas.

Es natural que no todos los buenos aspiren al sacerdocio. Joven bueno no es sinónimo de candidato al seminario, pues entonces ¿acaso sólo los malos o los flojos se habrían de quedar para formar los futuros hogares?, ¿qué resultaría entonces del mundo? La gracia divina se distribuye con sabiduría infinita para que todos los estados de la vida puedan contar con miembros santos de este Cuerpo místico que es la Iglesia. Pero no hay ningún peligro de que se exagere entre nosotros la necesidad de pensar en el sacerdocio ya que las vocaciones escasean tanto. Esperamos confiados, sin embargo, en que éstas han de aumentar, ya que como dice Santo Tomás "Dios nunca abandona su Iglesia hasta el punto que carezca de ministros idóneos".

Un trabajo muy propio de la Acción Católica y muy necesario para el aumento del sacerdocio es la cristianización del hogar. Si escasean tanto los sacerdotes en nuestro tiempo es particularmente porque el ambiente materialista, mundano y hasta pagano impide que germine la vocación. Y si germina, el materialismo de muchos padres lo ahoga, sin darse cuenta de la responsabilidad gravísima que contrae del alma de su hijo, y de aquellos que su hijo pudo haber salvado si hubiera seguido los impulsos de la gracia.

Una vocación florece de ordinario en un hogar cristiano: el primer seminario es el regazo de una madre piadosa que sabe orar, y descubre el silencioso trabajo de la gracia en el alma de su hijo y colabora con ella y la protege hasta llevarla a feliz término. Ojalá las madres le oyeran el lindo relato de Pierre Lhande, S.I. Mon Petit Pretre, traducido al castellano con el título de Mi Curita; o la correspondencia de madres como la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, que han sabido comprender lo que significa ¡ser madre de un sacerdote!

La ayuda económica

Absolutamente necesaria es la cooperación económica a la obra de las vocaciones. Es necesario ayudar a los noviciados y seminarios a hacer frente a la educación de los futuros sacerdotes, lo que demanda cuantiosos gastos. Dar educación completa, y si se trata de los religiosos, vestir y alimentar a los jóvenes que durante 7 a 15 años han de seguir una formación concretada exclusivamente a los estudios que conducen al sacerdocio supone un inmenso sacrificio económico. Hay que correr con todos los gastos de los futuros sacerdotes y para esta obra no cuentan de ordinario los seminarios y noviciados con recursos suficientes.

Con frecuencia se presenta también el caso de jóvenes de grandes cualidades que aspiran al sacerdocio pero no pueden seguir la voz de Dios porque son el sostén de sus familias.

La mejor manera de realizar esta ayuda consistiría en fundar una beca con cuyos intereses pueda estar continuamente formándose un joven aspirante al sacerdocio.

¡Qué consuelo mayor para un corazón que haber contribuido con su dinero, economizado tal vez a costa de grandes sacrificios, a mantener perpetuamente un Ministro del Señor, que le deba a él la realización de su vocación, que sin su ayuda habría sido frustrada! Esa hostia santa que un sacerdote y después otro y otro... irá elevando cada día al Altísimo... es él quien la ofrece... Es también por él, su bienhechor, por quien la ofrece. Esos millares de absoluciones, esas almas arrancadas al infierno es él quien con su limosna habrá contribuido a salvarlas y esto perpetuamente... ¡Qué uso más digno puede un hombre hacer de los bienes que el Señor le ha dado!

Si alguien no tiene dinero, que ofrezca sus sufrimientos al Señor porque El aumente el número de sus ministros y santifique a los que ha llamado al sacerdocio.

Oremos para que el Señor de la mies envíe muchos operarios a su mies.

(SAN ALBERTO HURTADO, *¿Es Chile un país católico?*, Editorial Los Andes, Santiago de Chile, 1992, p. 123 – 131)

[Volver Arriba](#)

P. Alfredo Sáenz, S. J.

LA VOCACION

En los domingos anteriores hemos visto al Señor manifestándose a los hombres como el Salvador del mundo. El evangelio de hoy nos lo presenta cuando hace el primer llamado a los que luego serían sus apóstoles. A los hermanos Simón y Andrés, que eran pescadores, les dijo: "Seguidme y yo os haré pescadores de hombres", y ellos enseguida dejaron sus redes y fueron tras El; a los hermanos Santiago y Juan, que estaban remendando sus redes, los llamó junto a sí y también ellos, abandonando todo, lo siguieron. Nos impresiona este llamado de Dios, que eso significa la palabra "vocación", en este caso, un llamado al apostolado, al sacerdocio. El Señor es

delicado. Más a la vez imperioso: Seguidme, les dice. Su sola presencia es fascinante, pero más aún lo es su gracia interior que atrae misteriosamente los corazones de los hombres. A estos pescadores, rudos e ignorantes, los iría educando con paciencia y cariño a lo largo de los años. Los haría vivir con Él, enseñándoles con su ejemplo, para que aprendiesen como por ósmosis, se contagiasen de Él, de sus criterios, de su modo de ser. El episodio de hoy nos ofrece ocasión de hablar acerca de lo que es el sacerdocio, de lo que significa el sacerdote, ese hombre desarmado, del cual en cierto modo dependen la Iglesia y el mundo.

1. CRISTO-SACERDOTE

Debemos decir, ante todo, que el primero de los sacerdotes, el sacerdote "original", es Jesucristo. Él es por antonomasia el Pontífice, es decir aquel que tendió un puente entre Dios y los hombres, precisamente por el hecho de ser hombre-Dios. Como Dios que es, viene de lo alto, ungido por el Padre, fuente de la santificación que desciende del cielo. Como hombre que es, proviene de abajo, es representante nuestro, fuente del culto que se eleva desde la tierra. Si el Verbo tomó carne, fue especialmente para ofrecerla y victimarla en el madero de la Cruz sobre el cual, como se dice en la segunda de las plegarias eucarísticas, "extendió sus brazos". Y luego de resucitar, ascendió al cielo, donde sigue siempre intercediendo por nosotros, como Sumo y Eterno Sacerdote.

2. EL SACERDOTE: CRISTO PROLONGADO

Con todo, no nos dejó solos en la tierra, sino que quiso proseguir ejerciendo visiblemente su sacerdocio. Toda la Iglesia, es cierto, participa, de alguna forma en el sacerdocio de Cristo. Tal fue el fruto de su sacrificio: hacer de nosotros un pueblo santo, un pueblo sacerdotal, un reino de consagrados. Sin embargo, de entre todos los fieles eligió un grupo selecto para que lo representara de manera esencialmente diversa: son los sacerdotes. Quería prolongarse en la historia, continuarse en el espacio y en el tiempo, quería llegar visiblemente hasta cada uno de los miembros de su cuerpo, quería ser visto y tocado de todos por mediación de sus sacerdotes. Si Pedro perdona los pecados es Jesús quien por él los perdona, si Juan celebra la Eucaristía es Jesús quien en él la celebra. Cristo presta al sacerdote sus manos para que haga la Eucaristía, le presta sus labios para que siga perdonando. De ahí que la eficacia de los sacramentos no dependa de la santidad del ministro. Aunque el sacerdote sea un ignorante, o incluso un pecador, sus acciones sacerdotales son, en última instancia, acciones de Cristo. Los sacerdotes de la tierra prestan a Cristo sus manos y sus labios: la gracia que por ellos se comunica es siempre augusta e impoluta.

Dijimos antes que Cristo era Pontífice porque unía, hacía puente entre Dios y los hombres. Como Dios, derramando su gracia, como hombre, rindiendo su culto. Los sacerdotes, incorporados a Cristo-Sacerdote, están llamados a entrar, uno tras otro, a lo largo de toda la historia, en esa doble y formidable corriente: la corriente de la mediación ascendente del Señor, por la cual llevan hacia Dios a todos los hombres de su generación; y la corriente de su mediación descendente, por la cual comunican la gracia de Dios a los hombres de su generación. ¡Qué admirable oficio el del sacerdote! El de ese hombre fuerte con la fuerza de Dios. Cuando pronuncia las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, no hay menos en sus pobres manos pecadoras que lo que había en las manos santas de Cristo cuando instituyó la Eucaristía.

3. EL SACERDOTE: HOMBRE DE DIOS

El autor de la epístola a los hebreos nos da una admirable definición del sacerdote: "Tomado de entre los hombres —enseña— y establecido para los hombres en las cosas que atañen a Dios". O en otras palabras, como decíamos antes, un mediador entre Dios y los hombres. De ahí la tensión propia de su estado: deberá ser fiel a los dos llamados, al llamado de Dios y al llamado de los hombres.

Hombre de Dios, en primer lugar, separado, segregado. No es del mundo, como ni Cristo fue del mundo. Es propiedad de Dios. El mundo está crucificado para él y él para el mundo. Este abandono voluntario será, hasta el día de la muerte, su calvario y su alegría. Porque abandonando todo, el sacerdote lo encuentra todo, vive en Dios, que es el todo. "Dios es mi parte", decía no sin cierta ironía el Cura de Ars, su "parte" era el "todo". El sacerdote es, pues, antes que nada, el hombre de Dios, el defensor de los intereses de Dios, el profesional de Dios, de su reino. Si se da a los hombres, es para llevarlos a Dios. Su ámbito es lo sagrado, aunque lo olviden los demás, aunque lo olvide él mismo. Es el hombre de los misterios de Dios.

Tal es la primera faceta del sacerdote: testigo de Dios, una especie de sacramento de Cristo. O, si se quiere, Cristo en el mundo, Cristo prolongado y comunicado. No ha sido constituido sacerdote para convertirse en propagandista de proyectos humanos, cualesquiera sean, ni para llamar la atención con actitudes que se pretendan modernas, sino para vivir de tal manera que su vida se vuelva del todo inexplicable si Dios no existiera. Todo su ser ha quedado consagrado. El sacerdote no se "reviste" del sacerdocio. El sacerdocio lo ha penetrado, lo ha impregnado. Es sacerdote en todos los momentos de su vida. Aunque no siempre ejerza su sacerdocio. Por todo lo que hace, por todo lo que es, debe dar el sentido de Dios, hacer palpable a Dios. Y para ello habrá de ser un enamorado de Dios, de ese Dios que es celoso, que no consiente adulterios de ningún género. Para el espíritu del mundo, para el ambiente mundano, el sacerdote será siempre el Adversario: no se le perdonará el que recuerde y perpetúe, de generación en generación, a Quien creían haber eliminado para siempre en la cruz. Porque, como bien decía San Agustín, "la verdad engendra el odio".

4. EL SACERDOTE: ESTABLECIDO PARA LOS HOMBRES

Hombre de Dios, por lo tanto, consagrado, segregado del mundo. Pero para trabajar en pro de los hombres, de su salvación. Se separa, pero para ser enviado. Por eso el sacerdote es semejante a los demás hombres: conoce sus alegrías, sus enfermedades, incluso, por desgracia, sus pecados. Sin embargo, es siempre el que carga las enfermedades de los demás, el que lleva la cruz del pueblo cristiano. Y el que, a través de los sacramentos, comunica a los hombres la vida divina.

Deberá estar, pues, en contacto con el mundo, con el mundo concreto del tiempo en que vive. En orden a salvarlo. Para ello le será menester, ante todo, exorcizar al mundo del demonio que lo solicita, e incluso que lo posee; en el caso de nuestra época, exorcizar al mundo de su espíritu de autosuficiencia, del engreimiento en sus conquistas, en su progreso material, en su falsa paz y en su presunta unidad. Deberá llevar la inquietud a este mundo moderno anclado en su pecado apóstata, remover su aparente calma. El contacto con los hombres no lo llevará a aceptar su cosmovisión: antes de bendecir deberá purificar, excomulgar al hombre viejo, y hacer resurgir del fondo del alma cristiana la perenne juventud bautismal. Su sola presencia será, pues, un llamado a la conversión, a esa conversión a la que invitó el mismo Jesús, según nos lo dice precisamente en el evangelio de

hoy: "Convertíos y creed en el Evangelio", llamado a la conversión prefigurado por aquel que el profeta Jonás dirigiera a la Nínive pecadora, como lo escuchamos en la primera lectura. Pero al sacerdote no le bastará con exorcizar. Eso es lo negativo. Tendrá también que bendecir. Ello es propio del sacerdote: bendice el pan, el agua, las banderas, las casas, los autos... Bendice todo. Porque nada material es vulgar e indigno de Dios. Desde que el Verbo se hizo carne, todo lo terreno —previo exorcismo— puede convertirse en vehículo de gracia.

Tan grande es la dignidad del sacerdote: hombre de Dios, hombre para los hombres. Aquel que cuando está con Dios sólo atina a hablarle de los hombres. Y cuando está con los hombres les habla acerca de Dios.

Amados hermanos, ustedes no son sacerdotes. Pero deben saber lo que es el sacerdocio. Y rezar por sus sacerdotes, hoy sacudidos por una profunda crisis. Madres de familia: Ustedes que generosamente han dado vida a sus hijos, disponen del privilegio excepcional de ofrendárselos a Dios, si Él así se los pide. Al obrar de este modo muchas temen perderlos. Contemplan a María Santísima: ella fue fiel a la invitación del ángel. Al pronunciar su Fiat consintió no sólo a la maternidad divina sino también a la vocación sacerdotal de su Hijo. Sus nueve meses de espera fueron nueve meses de ofrenda del Sumo Sacerdote que se anidaba en su seno. Y después de haberlo dado al mundo, lo acompañó en sus principales acciones sacerdotales, especialmente al pie de la cruz. No hay mayor gracia para una madre que tener un hijo sacerdote. De ella se puede decir algo parecido a lo que se dijo de María: Bendita tú eres entre todas las mujeres, porque has ofrecido a Cristo una voz que se hará la suya, porque has entregado al Señor unas manos que bendecirán y consagrarán, porque has regalado al Señor una carne que con la de Él se inmolará como víctima por la salvación del mundo. Si alguna vez Dios habla al corazón de sus hijos y los invita a hacerse pescadores de hombres, no ahoguen ese llamado. Un día ese hijo abandonará la casa paterna, como el Hijo de Dios dejó el cielo, la casa de su Padre, para hacerse hombre y salvarnos, y luego Nazaret, la casa de su madre. Sin duda que ustedes sufrirán y su corazón sangrará. Pero entonces se podrá decir con el profeta: "Por su dolor hemos sido curados". Lo cual constituirá para ustedes una causa de gozo indefectible: haber ofrecido a la Iglesia un ministro, y al mundo un colaborador de la redención. La vocación sacerdotal es un don puro de Dios, pero pasa por el corazón de las madres.

Pronto nos acercaremos a recibir el Cuerpo del Señor. Digámosle entonces: "Señor, ahora que penetras en nuestras almas, queremos pedirte especialmente por tus sacerdotes. Quisiéramos representar en estos momentos a toda la humanidad contemporánea, tan hambrienta de Dios, tan postrada en su abandono religioso, dirigiéndote las palabras que Tú mismo pronunciaste hace tiempo: La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Te pedimos, Señor, que nos des muchos y santos sacerdotes, para que nos purifiquen de nuestros pecados, para que nos den el pan de tu Palabra y el pan de tu Eucaristía. Y a los que has llamado ya, como antaño a los apóstoles, para ser pescadores de hombres, para colaborar en tu obra de salvación, sepáralos cada vez más del espíritu del mundo, que dejen sin retaceos las redes que remendaban, para que cada día se hagan más semejantes a Ti: sacados de entre los hombres para llevar a todos los hombres a la alegría de tu gloria. Así sea".

SAENZ A., *Palabra y Vida, Ciclo B, Segundo Domingo de Adviento*, Gladius Buenos Aires 1993,

[Volver Arriba](#)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

Pescadores de hombres

Jesús llama a los primeros cuatro discípulos: Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Los llama y les mantiene su oficio de pescadores aunque les cambia el objeto de su pesca, con lo cual, sublima su profesión. Dejarán de ser pescadores de peces para ser pescadores de hombres.

Al invitarlos a ser "pescadores de hombres" no les resultó tan extraña esta palabra porque conocían lo que era la pesca.

En la compañía de Jesús y a lo largo de su vida pública la pesca no será extraña. Las pescas milagrosas^[17], las travesías por el mar^[18], las parábolas sobre el tema: la de la red^[19], la del pez que el padre da al hijo^[20], el del signo de Jonás^[21], la dracma en la boca del pez^[22]...

Hay similitud en las profesiones, si bien son de otra especie. Hay cosas comunes como el esfuerzo, las vigiliias, los ayunos, el frío y el calor, la paciencia, la destreza, la elección del señuelo, la esperanza, la seguridad de la embarcación, la buena observación, etc.

Los cuatro discípulos conocían a Jesús. Ya lo habían seguido y sabían que era el Mesías, lo habían escuchado y se habían quedado con Él en su casa.

Al ser llamados dejaron su oficio, su ocupación. De Pedro y Andrés, dice el evangelista, "dejando las redes", de Santiago y Juan "dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros". No es simplemente dejar unas redes o al padre sino que dejaron toda una vida que hasta ese momento habían llevado para seguir a Jesús. Sin saber mucho a lo que Jesús los llamaba, sólo sabían que iban a ser "pescadores de hombres".

La vocación religiosa es misteriosa. Se nota una gracia especial que tiene la fuerza de llevar al llamado a dejar su vida actual para comenzar una vida nueva, desconocida y esta determinación es totalmente libre, es una

aceptación amorosa.

La gente suele decir: ¡que sabe ese jovencito de entregar su vida! Quizá en los jóvenes hay más generosidad que reflexión, más bien, más amor incondicional que objeciones racionales, sin embargo, luego hay que mantenerse fiel al llamado, hay que perseverar.

Jesús llama cuando quiere, donde quiere, como quiere y a quien quiere.

El cambio de profesión no cambia la vida mágicamente. Los discípulos siguieron teniendo los mismos defectos, aunque en la compañía de Jesús se les presentaba, si eran fieles a sus enseñanzas y lo imitaban, la gracia de ser hombres nuevos y de dejar atrás una vida desarreglada.

Jesús llama a quien quiere. No hay que sentirse mal por no ser llamado, por el contrario, agradecer ese don que Dios concede a otras personas en bien de la Iglesia. Aunque la verdad es que ahora, menos que nunca, es codiciada la vocación religiosa.

Hay que rezar para que los hijos o nietos sean sacerdotes o religiosos, si Dios los quiere llamar. Hay que ser generoso con los hijos. Hay que crear un clima propicio para las vocaciones, para que crezcan, para que germinen y el mejor invernadero es la familia.

Estos cuatro discípulos ya tenían una vida religiosa, no así por ejemplo Mateo que era publicano. Estaban en un ambiente apto para ser llamados, lo cual no es condición sin la cual no puedan ser llamados. Dos de estos cuatro eran de la escuela de Juan Bautista y los cuatro eran hombres religiosos, esperaban y buscaban al Mesías.

“Pescadores de hombres” no para sí mismos, para el propio provecho, sino para Jesús. Jesús va en la barca con ellos a pescar. Da estabilidad a la barca, mueve la voluntad para aceptar libremente ser pescado. El pescador de hombres hace poco y lo poco que hace es gracia, pero libremente quiere hacer ese poco, sino sería imposible la pesca. El pescador de hombres se equivoca cuando se apropia de la pesca, la pesca es para Jesús. Él es el que hace los hombres nuevos que sus pescadores sacarán del mar del mundo.

Es emocionante pescar para Jesús. Uno nota la desproporción entre el trabajo propio y el resultado, pescar un hombre. Uno ve como el que es pescado no se resiste al señuelo sino que lo coge, acepta libremente tragarlo porque se ha dado cuenta de la alegría que le espera.

¡Qué tristeza da cuando los hombres se resisten a recibir la gracia, a tragar el anzuelo! Algunos, incluso, envaneándose de su astucia para burlar al pescador y... ¿cuál es su ganancia? Seguir moviéndose entre las olas del mundo sin firmeza alguna y en definitiva sin libertad.

¡Qué alegría para nosotros los pescadores cuando pescamos! Sabemos lo bueno que es estar en la barca junto a Jesús y también nos alegramos porque hemos pescado nosotros, porque hemos cumplido nuestro oficio. El que se identifica con Jesús se alegra por llevar almas a Jesús y por poder servir a Jesús pescando hombres.

[Volver Arriba](#)

Ejemplo Predicable

Isaías, apóstol

Voy a contaros cómo llamó el Señor a Isaías al apostolado profético, y a deciros cómo su vocación puede ser modelo de nuestra propia vocación.

Hacía poco tiempo que había muerto Ozías. El estado del pueblo era lamentable. Había vuelto las espaldas a Dios y, como siempre, Dios le había vuelto las espaldas a él. Sobre los altos se erguían los ídolos, y en las ciudades pululaban como plantas malditas las costumbres corrompidas de los gentiles.

El Señor quiere salvarlos y elige un Profeta. Pero como son tan inescrutables los juicios de Dios, manda a ese Profeta para que endurezca el corazón del pueblo, para que cierre sus ojos, para que tapone sus oídos. Esto que a primera vista parece tan extraño, tenía en la intención de Dios una explicación. El Profeta predicaría la penitencia y la conversión. El pueblo se endurecería, no le haría caso, y daría a Dios ocasión para el castigo. Y el castigo sería tan grande que el pueblo abriría por fin los ojos y se salvaría de la desventura y el dolor.

Y ved cómo cuenta el mismo Profeta la vocación de Dios.

«El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus vestiduras llenaban el

templo. Había ante El serafines, que cada uno tenía seis alas; con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con las otras dos volaban, y los unos a los otros se gritaban y se respondían: ¡Santo, Santo, Santo, Yahvé Sabaoth! ¡Está la tierra llena de tu gloria!

A estas voces temblaron las puertas en sus quicios, y la casa se llenó de humo. Yo me dije:

— ¡Ay de mí, perdido soy, pues siendo un hombre de impuros labios que habita en medio de un pueblo que también tiene los labios impuros, he visto con mis ojos al Rey Yahvé Sabaoth!

Pero uno de los serafines voló hacia mí, teniendo en sus manos un carbón encendido, que con las tenazas tomó del altar, y tocando con él mi boca, dijo:

— ¡Mira, esto ha tocado tus labios; tu culpa te ha sido quitada y borrado tu pecado!

Y oí la voz del Señor que decía:

— ¿A quién enviaré y quién irá de nuestra parte? Y yo le dije:

— ¡Heme aquí! ¡Envíame a mí!

Y Él me dijo:

—Ve y di a ese pueblo: oíd y no entendáis; ved y no conozcáis. Endurece el corazón de ese pueblo, tapa sus oídos, cierra sus ojos. Que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni entienda su corazón, ni sea curado de nuevo.

Y yo dije:

— ¿Hasta cuándo, Señor?

Y El respondió:

— ¡Hasta que las ciudades queden soladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que Yahvé arroje lejos a los hombres y sea grande la desolación en el mundo!».

No he querido añadir ni quitar nada, mis hermanos, a esta narración del Profeta, en la que es para nosotros una lección cada palabra. El Profeta se prepara su vocación, y lo primero que hace es ver a Dios. Y verle en su trono alto y sublime-me llenando toda la tierra su gloria.

Si queremos nosotros que Dios nos llame a la vocación de su apostolado, hagamos lo mismo. No hay vocación sin humildad. El que ve a Dios se ve a sí mismo; ve cuánta distancia hay entre Dios y él; qué poca cosa es; mejor dicho, qué nada. Y cuanto más claro ve a Dios' y más admira y reverencia su gloria, más se desprecia a sí mismo. Esta es la señal infalible de una verdadera vocación. Por el contrario, es señal infalible de una vocación falsa ensoberbecerse con ella, ponderar sus hazañas, creerse docto, santo, perfecto. Mirad lo que hicieron todos los grandes llamados de la historia. Abraham decía: « ¿Hablaré al Señor, siendo polvo y ceniza?» Moisés, cuando iba a ser llamado, viendo al Señor en la zarza, «ocultaba su rostro y no se atrevía a mirar a Dios». Jeremías, al ser llamado por Dios, decía: «Señor, yo soy como un niño, que no sé hablar». El mismo Isaías decía asustado: « ¡Perdido soy, pues siendo un hombre de impuros labios he visto con mis ojos al Rey!». Por eso San Francisco de Asís, llamado por Dios a convertir al mundo de su tiempo, decía en éxtasis: « ¿Quién eres Tú, Señor, y quién soy yo? Tú, abismo de ser, de verdad y de gloria; yo, abismo de nada, de vanidad y de miseria».

La segunda señal de la verdadera vocación es la obediencia. Todo apostolado tiene a quién obedecer: el apostolado religioso, a sus Superiores; el apostolado sacerdotal, a sus Obispos; el apostolado seglar, a sus Jerarquías. Y todos, al Papa, supremo director del apostolado de la Iglesia.

Este ejemplo se lo daban los ángeles a Isaías en el día de su vocación. Tenían el rostro tapado, diciendo al apóstol que tiene que obedecer a ciegas, con los ojos vendados, sin discutir, sin criticar, sin juzgar temerariamente los mandatos del superior. Tenían los pies ocultos, dándole a entender que él no debe ir por sus propios caminos, sino por los caminos que le señale el representante de Dios. Estaban llenos de alas, para significar la prontitud con que debemos estar dispuestos a volar, a cumplir los mandatos de nuestro superior. Le hemos de escuchar con alas en los oídos, lo hemos de cumplir con alas en el juicio y con alas en los pies. Y como los ángeles cfe Isaías, hemos de reservar siempre dos alas para volar: él entendimiento y la voluntad, la meditación y el amor, la contemplación y la acción.

Y notad que en la visión de Isaías los ángeles están al mismo tiempo de pie y vuelan. Comentaba la aparente contradicción un Santo Padre y decía agudamente: «Estar de pie delante de Dios es lo mismo que volar. ¿Quieres volar a Dios?, ponte delante de El en el silencio y en la oración, y entonces volarás y llegarás al trono del Altísimo».

Isaías nos da el ejemplo de esta perfecta obediencia cuando, al oír la voz de Dios que le dice: « ¿A quién enviaré? », responde prontamente: «Aquí estoy yo; ¡mándame a mí!». He aquí la disposición del perfecto obediente.

Siempre dispuesto a obedecer, y a veces antes de ser mandado. Porque decía San Alberto el Magno. «El verdadero obediente no espera nunca el mandato, sino que en cuanto sabe o sospecha cuál es la voluntad del Superior, fervientemente y con toda prontitud la cumple». Y decía San Bernardo: «El obediente fiel no sabe de tardanzas, aborrece el mañana, ignora la pereza, se adelanta al que manda, tiene prontos los ojos para ver, los oídos para oír, la lengua para hablar, las manos para trabajar, los pies para caminar. No piensa en otra cosa que en cumplir la voluntad del superior».

Aprended además dos cosas, que sólo he de insinuaros. Primera, que nadie puede ser apóstol si no ha sido llamado por Dios. A los apóstoles que se metían por su cuenta a la predicación de la verdad, los llamaba Cristo rateros y ladrones. A nosotros no nos toca más que presentarnos a la Iglesia y decirle: Aquí estoy yo, ¡envíame! Y si la Iglesia nos envía, trabajar bajo su dirección por el reino de Dios.

Hay otra cosa que aprender: antes de salir al apostolado hay que purificarse los labios con el ascua encendida del altar. Unos labios impuros no pueden predicar a un pueblo impuro y traerlo a Dios. Nosotros también vemos a Dios llenando con su majestad todo el templo. También vemos a los ángeles rodeando el altar. En medio del altar, la hoguera encendida de las Hostias blancas en las que palpita el Corazón de Jesús. El sacerdote toma una de las ascuas de esa hoguera y nos la pone en los labios diciéndonos como el ángel a Isaías: Mira, esto ha tocado tus labios; ya estás puro, ya está borrado tu pecado. Ya puedes ir al pueblo y decirle: se acerca a vosotros el reino de Dios.

(ROMERO, F., *Recursos Oratorios*, Editorial Sal Terrae, Santander, 1959, p.35-38)

Instituto del Verbo Encarnado
Provincia Nuestra Señora de Luján, Argentina
E- mail: homiletica@iveargentina.org
homiletica.ive@gmail.com
Sitio Web: www.iveargentina.org

[1] Dice Schnackenburg: “Desde un punto de vista histórico no era el primer encuentro de Jesús con aquellas dos parejas de hermanos, que por su profesión humana eran pescadores. Por el Evangelio de Juan sabemos que Jesús ya los había conocido cuando eran discípulos del Bautista y que los primeros contactos habían tenido efecto en el lugar de Judea en que Juan bautizaba (cf. Jn 1,35-51). Lo que Marcos narra es el llamamiento definitivo a los discípulos en sentido pleno” (SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su mensaje*, Herder, Madrid, 1969).

[2] Lc.5,1-11 parece narrar el mismo acontecimiento de una manera más detallada.

[3] Cf. STOCK, K., *Vangelo secondo Marco*, Edizioni Messagero Padova, Padova, 2002, p. 50. Para este punto de la vocación de los primeros discípulos he utilizado con libertad este libro. Las ideas principales de este apartado están tomadas de este autor.

[4] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54.

[5] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 59 – 60.

[6] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54.

[7] Dice el P. Stock: “La orden de Jesús es muy exigente porque requiere el comprometer completamente sus personas, pero es, al mismo tiempo, también muy generosa y constituye un singular don. Ellos deben comprometerse pero Jesús también se compromete completamente. No se trata de una relación unilateral, sino de una relación recíproca, de una verdadera comunión de vida. Uno de sus compromisos principales será el de comprender siempre más y mejor: ¿Quién es Jesús? Cuanto más progresan en este conocimiento tanto mejor se dan cuenta del singular valor de esta llamada y de esta comunión” (STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54 – 55).

[8] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 56.

[9] Dice Schnackenburg: “Desde un punto de vista histórico no era el primer encuentro de Jesús con aquellas dos parejas de hermanos, que por su profesión humana eran pescadores. Por el Evangelio de Juan sabemos que Jesús ya los había conocido cuando eran discípulos del Bautista y que los primeros contactos habían tenido efecto en el lugar de Judea en que Juan bautizaba (cf. Jn 1,35-51). Lo que Marcos narra es el llamamiento definitivo a los discípulos en sentido pleno” (SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su mensaje*, Herder, Madrid, 1969).

[10] Lc.5,1-11 parece narrar el mismo acontecimiento de una manera más detallada.

[11] Cf. STOCK, K., *Vangelo secondo Marco*, Edizioni Messagero Padova, Padova, 2002, p. 50. Para este punto de la vocación de los primeros discípulos he utilizado con libertad este libro. Las ideas principales de este apartado están tomadas de este autor.

[12] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54.

[13] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 59 – 60.

[14] STOCK, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54.

[15] Dice el P. Stock: “La orden de Jesús es muy exigente porque requiere el comprometer completamente sus personas, pero es, al mismo tiempo, también muy generosa y constituye un singular don. Ellos deben comprometerse pero Jesús también se compromete completamente. No se trata de una relación unilateral, sino de una relación recíproca, de una verdadera comunión de vida. Uno de sus

compromisos principales será el de comprender siempre más y mejor: ¿Quién es Jesús? Cuanto más progresan en este conocimiento tanto mejor se dan cuenta del singular valor de esta llamada y de esta comunión” (Stock, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 54 – 55).

[16] Stock, K., *Vangelo secondo Marco...*, p. 56.

[17] Mc 6, 31-44; Mc 8, 1-10 y p.

[18] Lc 8, 22-25 y p.; Mt 14, 22 s; etc.

[19] Mt 13, 47-50

[20] Cf. Mt 7, 10

[21] Mt 12, 40 s

[22] Cf. Mt 17, 27